
22
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE

22
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

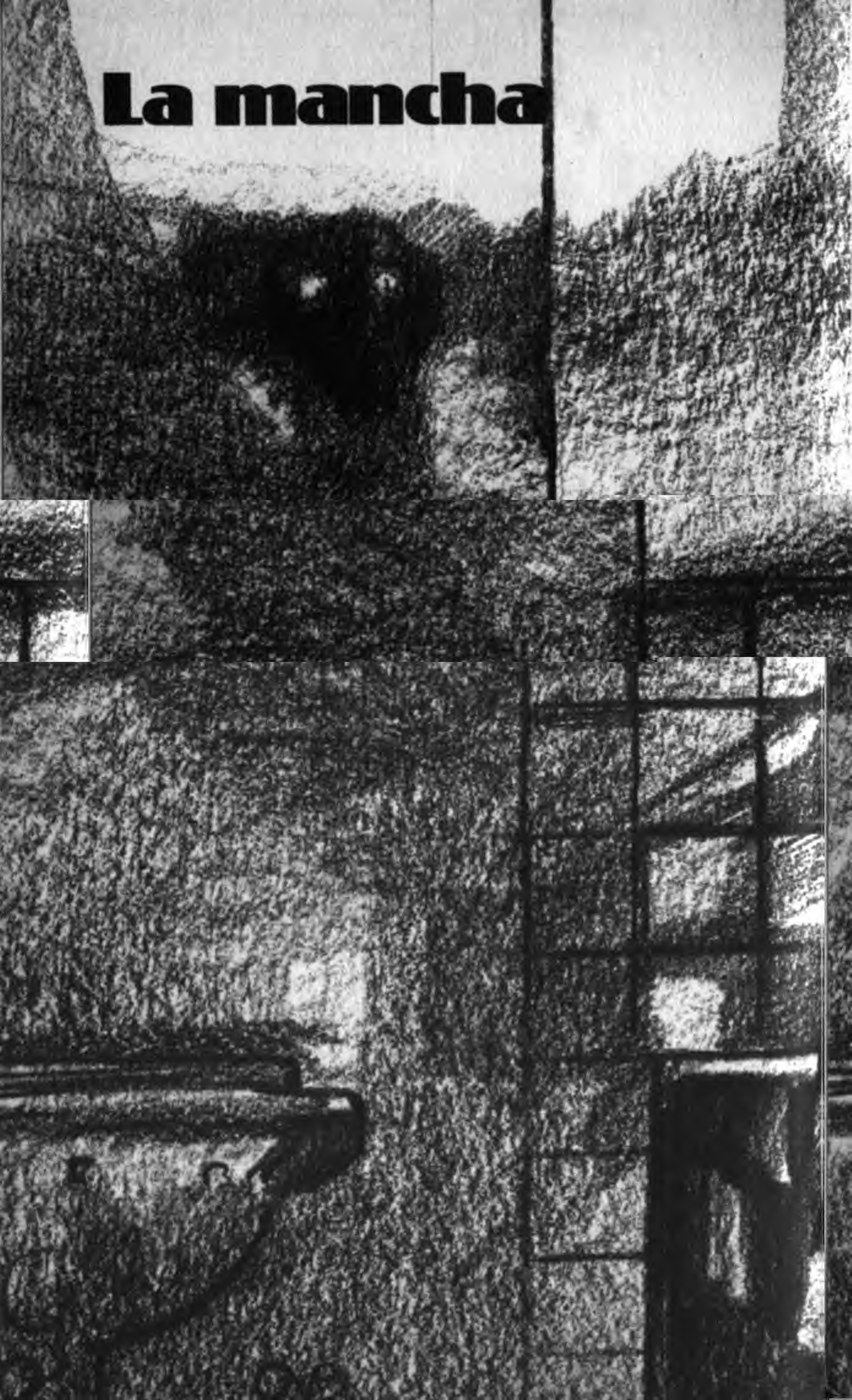
Depósito legal: M. 32.216-1981.
ISBN: 84-7526-006-3.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

La mancha

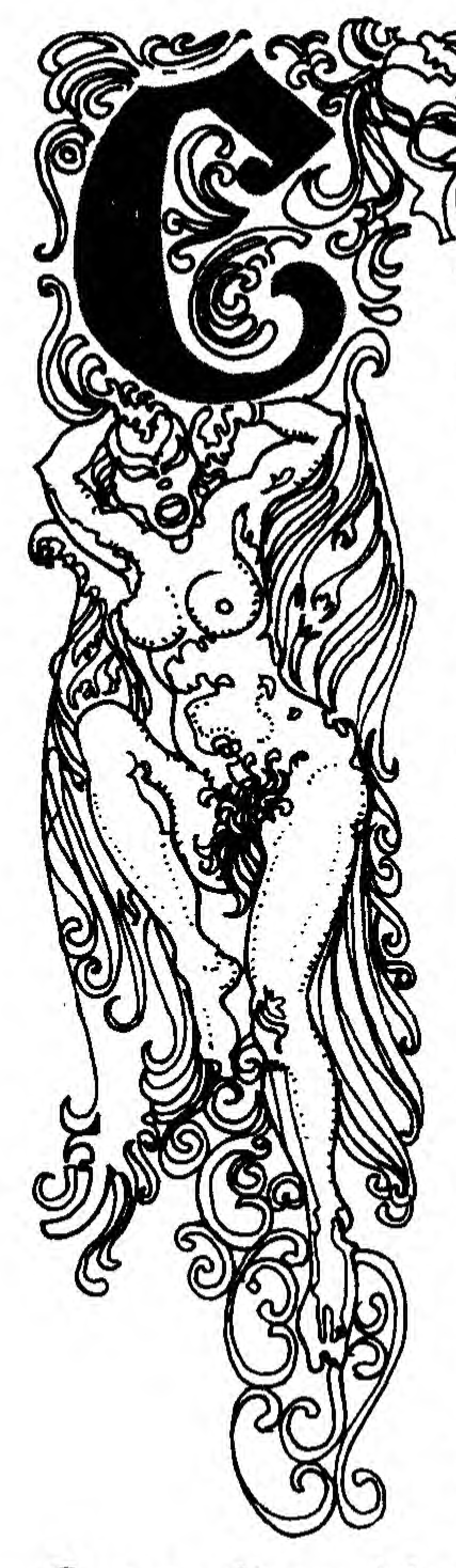




La mancha

Pedro Montero

El que se guardó siempre de contemplar la Luna llena, que había advertido a los demás sobre la inconveniencia de los plenilunios, estaba condenado a enfrentarse perpetuamente a la infame reproducción de la faz selenita.



UANDO uno se decide a comprar un piso resulta fundamental la realización de una encuesta a fin de conocer con la mayor exactitud posible las características técnicas del inmueble del que forma parte el que será vuestro futuro hogar.

Preguntad si el edificio es de hormigón o de esqueleto metálico, enteraos de los materiales básicos con que ha sido construido, inquirid del portero si se desprenden las baldosas o losetas con facilidad o si alguna cornisa se ha precipitado alguna vez sobre los confiados viandantes; charlad con los vecinos a fin de conocer cuántas veces por mes sus esposas se quedan encerradas en los ascensores, demandad con prudencia si el alicatado hasta el techo se derrumba al tocarlo. Que os digan si las conservaciones y los suspiros de amor se oyen a través de los muros, o si el entarimado del salón cruje bajo sus pasos interpretando sin interrupción una continua y siniestra sinfonía. Y como quien no quiere la cosa, preguntad si es sólo agua lo que mana a través de los grifos.

Si se trata de un inmueble antiguo no demandéis en modo alguno si en la casa hay fantasmas, pero si

dais con algún vecino comprensivo y que inspire confianza, preguntadle si en su cuarto de baño hay alguna pequeña mancha de humedad...

* * *

En principio pensó que se trataba de una salpicadura que él mismo había provocado al lavarse las manos, pero cuando antes de acostarse se estaba cepillando los dientes, advirtió a través del espejo que la pequeña mancha continuaba allí, precisamente en la pared opuesta al lavabo.

Depositó el cepillo en una esquina de la repisa y, con la boca espumeante, como un perro rabioso, se aproximó a examinarla con detenimiento.

Se trataba de una pequeña mancha del tamaño de una moneda de cincuenta pesetas que había surgido a media altura y en la que no había reparado hasta aquella tarde. Cabía también dentro de lo posible que la mancha llevara allí varios días, pero lo insignificante de su magnitud y la imperfección del muro podían haberla disimulado a sus ojos que la habrían tomado como una sombra provocada por alguna rugosidad del deficiente enyesado.

Venciendo la pereza que semejante operación le producía, tomó un pequeño recipiente y disolvió en él una mínima cantidad de polvos agitando muy bien la pasta resultante y moviéndola con el mango del pincel. Acto seguido invirtió la posición de la escobilla y sumiendo levemente las cerdas en el líquido blancuzco dio unos toques con cuidado sobre la pared, mientras involuntariamente paseaba la lengua por el filo de sus labios. Ahora sólo restaba esperar que la pintura se secase.

Por un momento sintió la tentación de acelerar el oreado mediante el uso del secador de pelo, pero luego renunció a su idea pensando en lo avanzado de la hora y en que quizá la precipitación no beneficiaría al proceso. Era preferible dejar pasar la noche y verificar al día siguiente si la mancha se había borrado o al menos difuminado, en cuyo caso aplicaría una segunda mano.

Lo primero que hizo por la mañana fue visitar el cuarto de baño y comprobar que, no sólo no había desaparecido, sino que la capa de pintura ni siquiera había logrado que se desvaneciese ligeramente. Además su tamaño había aumentado hasta alcanzar el del disco de marear de un teléfono.

Era evidente, por tanto, que se trataba de una fuga de agua, y puesto que en una noche se había quintuplicado su circunferencia, bien pudiera ocurrir que, de no poner el adecuado remedio, toda la pared se arruinara en el transcurso de unas horas. De nada serviría entonces aplicar capas de maquillaje, porque el revestimiento de yeso, que no parecía muy sólido, terminaría por agrietarse y saltar.

Puso el hecho en conocimiento del conserje y examinando la mancha con ojo crítico, el empleado sacó la conclusión de que aquello no parecía causado por la humedad, al menos por una humedad normal. Y como el inquilino asegurara que le traía sin cuidado la clasificación de los distintos tipos de humedad, el conserje manifestó que por aquella pared no pasaba ninguna tubería, por lo que, descartando, debido a su situación, que la mancha tuviera su origen en el piso superior, debería entenderse que aquel lamparón sin importancia, como lo calificó, procedía de los mismos materiales que componían la pared, que a causa del calor, el transcurso del tiempo o alguna fermentación interior se habían modificado. Por lo tanto, lo único que procedía era observar y esperar, y si dentro de unos días la mancha se había extendido hasta límites que rebasaran lo que podía ser calificado de prudente, pondría el hecho en conocimiento del administrador.

Transcurrió cerca de un mes, y como el inquilino del tercero B no hubiera vuelto a quejarse, el conserje supuso que la mancha había desaparecido, suposición que en efecto correspondía a la realidad. No obstante, su sentido del deber y una curiosidad con-

sustancial a este tipo de empleados, le impuslaron a llamar una mañana a la puerta del piso.

Tras esperar bastante más de lo que es habitual cuando se pulsa un timbre insistentemente, el portero dedujo que no había nadie en la casa, y acuciado por una necesidad de fisgoneo, deformación de su celo profesional, operó con la llave maestra y entró en el piso llamando a su arrendatario.

En seguida le llegó una oleada de nauseabundo olor a carne putrefacta y comprendió al instante que sus llamadas eran inútiles, puesto que el habitante de aquella casa no se encontraba ya en disposición de responder.

Avanzó por el pasillo aplicándose un pañuelo en la nariz y en la boca para aliviar algo de aquella fetidez, y se encaminó hacia el cuarto de baño. Al abrir la puerta entornada estuvo a punto de caer desvanecido por el espectáculo que se ofreció ante sus ojos. Tuvo que aferrarse a las cortinas de la ducha para mantenerse en pie y, en aquel momento, un gato, el gato del arrendatario, dando un gigantesco salto, se abalanzó sobre el rostro del portero, quien lo apartó de un manotazo.

* * *

«La mancha se ha extendido considerablemente, y presenta ahora el aspecto de la Luna en avanzado cuarto creciente. Si la estudio con detenimiento puedo ver, dentro de su difuso perímetro, un rostro lo suficientemente desvaído para que al acercarme a la pared esa impresión desaparezca, pero visto desde la ducha, por ejemplo, se pueden apreciar dos ojos y una especie de boca.

»Esta noche me he levantado sobre la una y media y he abierto sigilosamente la puerta sin encender la luz. No sé si era un reflejo de la Luna, pero hubiera jurado que la mancha, que ahora tiene forma casi redonda, igual que un plato, brillaba con luz propia en una especie de apagado resplandor de fuego fatuo, emitiendo una pulsante reverberación de guiños es-

paciados similar a la que se emplea cuando se intenta llamar la atención de alguien o enviarle un mensaje por medio de señales luminosas. La ventana del cuarto de baño estaba abierta.

»Cuando me rasuro o me peino no puedo evitar verla reflejada en el espejo. Esta mañana, por culpa de la mancha, me produje un profundo corte con la navaja de afeitar y manché de sangre el lavabo. A continuación miré irritado hacia la pared, como si aquella luna de humedad fuera culpable del fallo de mi pulso.

»Hubiera deseado comprobarlo con rigor cada noche, pero hasta ayer no intuí que la evolución de la mancha parece ser paralela al crecimiento de la Luna. Pronto el satélite alcanzará la plenitud de su ciclo, por lo que me mantendré alerta.

»Me resulta muy difícil tener que soportar la visión de ese rostro difuminado, así que a fin de tranquilizarme y no impedirme el seguimiento del desarrollo de la mancha, he decidido colgar un cuadro que la oculte, durante el día al menos.

»¿Acaso sería aventurado pensar que cuando la Luna comience a disminuir de tamaño descendiendo hacia el cuarto menguante la mancha imitará su evolución?

»He renunciado a colocar el cuadro en la pared.

»Resuelto a perder de vista ese eco de la faz selenita, he buscado una tela de adecuadas dimensiones y comprobado que bajo su perímetro quedaba perfectamente oculta la mancha, pero a fin de sujetarla en el punto adecuado, era preciso clavar una alcayata en... en, diríamos, la frente.

»Tomé la alcayata y el martillo y permanecí durante largo rato contemplando la mancha, mientras ella me contemplaba a mí (es un decir, supongo). Fijé mi vista en el punto en que era preciso practicar un orificio para introducir la escarpia, y medité largamente sobre la conveniencia de atravesar aquella sombra con un hierro puntiagudo. (¿Una crueldad?).

»Finalmente, venciendo escrúpulos irracionales, apoyé con mano temblorosa el extremo de la alcayata en la pared y asesté un fuerte golpe con el martillo sobre el codo del clavo. Al instante fui presa de una profunda tristeza y de una melancolía sin límtes que me arrebataron las fuerzas. No obstante, sacándolas de la flaqueza, descargué un segundo golpe, con tan mala fortuna que un fragmento de yeso se desprendió de la pared y vino a incrustrarse con gran fuerza a escasos milímetros de mi ojo derecho, produciéndome una herida de la que manaron unas gotas de sangre.

»Suponiendo que esa maldita mancha, cuyo parecido con la Luna es ya asombroso, comience a achicarse a partir de mañana, llegará un momento en que se desvanezca justamente cuando el original alcance la fase nueva. Pero, ¿es verdad que el melancólico satélite desaparece, o acaso no es más cierto que permanece inmutable recorriendo su órbita invisible a los ojos humanos? Luna ciega, debería llamarse, en vez de Luna nueva.

»Será inevitable entonces, si los acontecimientos siguen el curso que preveo, que la mancha se disipe poco a poco hasta ocultarse, lo que no significará que se haya volatilizado, sino que continúa allí eclipsada para mi vista, como una fiera camuflada en la floresta: menos visible, y, en consecuencia, mucho más nociva.

»Pero, por otra parte, ¿qué puedo temer de un basto duplicado del satelite que alumbra nuestras noches? No lo sé, pero yo he dicho en otras ocasiones que no me fiaba nada de la Luna, y quizá lo he repetido tantas veces que me ha sido enviada una siniestra réplica de ese estéril roquedal, con intenciones que, de momento, no preveo.

»Con ocasión de la Luna llena me he pasado gran parte de la noche sentado en el borde de la bañera con los ojos fijos en la mancha. He dejado abierta la ventana para no impedir la comunicación entre las dos geme-

las, si acaso ésta existiera, porque es más prudente no poner trabas a lo inevitable.

»Cerca ya de la media noche, el satélite, en el esplendor de su perfecta circunferencia, ha asomado su rostro a la ventana. Al instante se ha reanimado la mancha de la pared al sentir sobre su piel de yeso el tenue resplandor tantas veces temerariamente cantado por poetas que no trascienden la superficie de las cosas.

»Hubiera jurado que los dos rostros gemelos se miraban con cierta lúbrica complaciencia narcisista. Y a la vez, la cara grabada sobre mi pared se contemplaba en el espejo, lo mismo que la auténtica Selene se recrea interminablemente en el cristal de los océanos, pero sobre todo en la tranqilidad de las charcas putrefactas y en la quietud de los estanques fríos.

»Las dos se miraban fijamente, como si aquella muda contemplación bastara para satisfacerlas. Como si el sol ya no significase nada para ellas. Y así transcurrieron las horas, siendo yo testigo de aquel estéril y placentero enfrentamiento que me irritó sobremanera, pero cuyo curso no me atreví a interrumpir por temor a represalias en las que prefiero no pensar.

»¿Por qué, maldita, has tenido que pagarlo conmigo? ¿No he sido yo prudente guardándome de contemplarte fijamente y de mirarte a los ojos? ¿Acaso no fui yo el que en una ocasión advirtió a otra persona del riesgo que significaba olvidar unas gafas bajo el claro de luna? ¿O necesitas de vez en cuando una víctima propiciatoria, un sacrificio humano cuya sangre reanime los pálidos colores de tu rostro? ¿Acaso no te basta con eclipsar de tiempo en tiempo al sol, vengándote de esa manera de tener que aceptar su generosa limosna de luz?

»Tienes un doble rostro, lo sé, pero ignoro qué rasgos exhibes en el otro, aunque seguramente desmentirás con aquel lo que con éste afirmas. ¡Pérfida Jano que de una parte sonríes a los hombres mientras con la contraria invitas a las estrellas a derrumbarse sobre ellos!

»Al amanecer me ha rendido el sueño y me he acostado. He sido víctima de una terrible pesadilla, cuyas incidencias es mejor no recordar. Sólo sé que, de pronto, me he despertado notando una gran opresión en la garganta que me impedía respirar.

»Me he arrojado violentamente de la cama y he arrastrado tras de mí la sábana que, quizás a impulsos de mis incontrolados movimientos, aunque tampoco puedo descartar otras intervenciones, había ido enrollándose a mi cuello.

»¿Por qué será que, desde hace poco tiempo, siento un extremo placer en contemplar los objetos blancos, ya se trate de sábanas o de los sanitarios del cuarto de baño, e imaginarme que se tiñen de sangre?

»¿A qué será debido que ahora, cuando me asomo a las ventanas, no experimento vértigo sino una suerte de borrachera de las profundidades que me invita a sondear los abismos?

»Como había previsto, la mancha está empezando a recortarse por uno de sus lados, y sus dimensiones disminuyen según la Luna llena va mermando.

»Paralelamente a esa mengua, he comenzado a experimentar un lento pero continuo debilitamiento de mis fuerzas, como si la consumición del satélite nocturno, acompañado por su imagen del cuarto de baño, ejercieran sobre mí un maléfico efecto mitigando mis ansias de vivir y aminorando mi vigor.

»Apenas siento deseos de alimentarme como no sea con leche, y ésta ha de reposar algunas horas en la ventana para que adquiera ese sabor que ahora me place. Siento también como si mi cuerpo se hubiera encogido en alguna medida; las ropas me vienen holgadas y he tenido que practicar dos nuevos orificios en el cinturón.

»Anoche comprobé con horror al contemplarme en el espejo que una mínima porción de mis rostro no se veía reflejada en él.

»Limpié con frenesí el cristal, pero aquella maniobra no surtió el menor efecto. El mal no estaba en el cris-

tal. ¿Cómo podría ni siquiera asomarme a la ventana, como no sea de noche, y exponerme a asustar a cualquiera que me viese afectado por tan singular fenómeno?

»No siento ninguna clase de dolor, sino una fatiga constante que me impide realizar cualquier cosa que no sea contemplar obsesivamente la mancha.

»No puedo ver mis ojos, aunque ellos continúan sirviéndome para ver. No puedo contemplar mi boca, pero a pesar de eso, aunque con debilidad, puedo hablar, y puedo también llevar a ella ese vaso de leche diario (o mejor dicho, nocturnal), que constituye mi único alimento. Sigo escuchando los ruidos; mi olfato continúa percibiendo los olores, pero no puedo peinarme sino al tacto, ni afeitarme tampoco, aunque en mi estado son dos formas de perder inútilmente el tiempo.

»Me miro en el espejo y veo mis hombros, de los que surge el cuello que no sostiene nada. Sé que mi cabeza está ahí porque la toco, y en ocasiones me duele, pero, a medida que la Luna y la mancha de la pared van decreciendo, yo también prosigo la evolución de mi cuarto menguante.

»Y unido a este inexplicable eclipse progresivo de mi ser, mi cuerpo va disminuyendo de tamaño, y ahora tengo que utilizar una banqueta para poder contemplarme en el espejo.

»Mi amodorrado cerebro ha logrado comprender que no debía ser testigo de la evolución de la mancha, y durante una noche me he abstenido de entrar en el cuarto de baño, pero esta estratagema ha sido inútil. Allí donde permaneciera hacía su aparición el difuso rostro.

»Yo que me he guardado bien de contemplar la Luna llena; yo que en mis relatos he advertido a los demás sobre la inconveniencia de los plenilunios, me veo, quizá por eso mismo, condenado a estar en perpetua presencia de una infame reproducción de la faz selenita.

»Aunque tarde, he comprendido que la Luna es

vengativa, y que no renuncia fácilmente a sus perversas inclinaciones. Recuerdo que en mi firme propósito, mantenido durante muchos años, de no contemplar su amarillento rostro, a veces me veía sorprendido por el reflejo de sus rayos en el agua de un vaso o en la de un estanque. La Luna aprovechaba el menor descuido para llegar hasta mí. Reverberaba en el mármol de una mesa, brillaba en el cristal de una ventana, se reflejaba en los ojos de la gente, brillaba descompuesta en el diamante que mi madre ceñía a su dedo corazón; se ocultaba astutamente en una nube y, cuando más desprevenido me hallaba, hacía su repentina aparición.

»Ahora, cuando ya me creía libre de su influjo, cuando no me atrevía a contemplarla ni en pintura, he aquí que el maldito cadáver del espacio (no es ningún disco de bruñida plata) se las ha ingeniado para penetrar hasta el fondo de mis ojos.

»A medida que continúa la disminución del doble disco lunar me siento menos dueño de mis actos. Qué extraña sensación mirarme en el espejo y poder ver a través de la mitad de mi cuerpo. Qué angustia sentirme progresivamente reducido.

»Todas las noches, procurando que nadie me vea, deposito en el alféizar de la ventana un vaso de leche, y al cabo de dos horas me lo bebo, comulgando a la vez con la redonda imagen de la Luna reflejada en la blanca superficie. Noto de esa manera que por mis venas circula una sangre que se va aclarando, perdiendo su natural densidad para tomar un tono transparente, y esa sangre disemina por todo mi ser la esencia que me va corroyendo suavísimamente, con paciencia infinita.

»Esta noche se producirá la Luna nueva y con ello la completa transformación de mi ser.

»Sólo soy unos pies que caminan, unos pies diminutos que afortunadamente aterrorizan al gato, que corre a refugiarse en el rincón más alejado de la casa.

»Siento que me desvanezco por momentos. Acurrucado y tembloroso en un rincón del cuarto de baño, asisto a los últimos momentos visibles de la mancha, que casi ha desaparecido.

»Soy pura transparencia. Mi cerebro es de agua; mi voz debilísima, pero argentina. Me voy sumergiendo definitivamente en una claridad difusa y circular que me reclama irremisiblemente.

»¿Regresaré de alguna forma al mundo de las cosas visibles? ¿Estaré condenado eternamente, sin conocer mi culpa, a aparecer y desaparecer esclavo del satélite y de lo que hay detrás de él?».

* * *

Durante algunas noches el silencio y la oscuridad más absoluta reinaron en la casa. El gato se paseó por el piso asomando de vez en cuando su cabeza por la puerta del cuarto de baño, hasta que un finísimo arco hizo su aparición en el cielo nocturno y comenzó a crecer poco a poco.

Los ojos del felino contemplaron el regreso de su amo, pero, lejos de sentirse feliz por la reaparición del humano que habitaba la casa, sintió un terror sin límites y se lanzaba contra las ventanas con ánimo de huir por los tejados.

Una noche aparecieron los pies, la siguiente las piernas; dos noches más y apareció casi todo el tronco, y la última, cuando la Luna llena volvía a brillar en el espacio con todo su siniestro esplendor, regresó el rostro del inquilino, o al menos la parte del cuerpo correspondiente a aquel.

Justamente aquel día fue cuando el conseje de la finca entró en el piso y se fue acercando poco a poco al cuarto de baño, del que salía un olor nauseabundo. Empujó la puerta entreabierta y tuvo que sostenerse agarrándose a las cortinas de la ducha para no caer desvanecido. El gato se abalanzó hacia su rostro como una exhalación llevando entre sus uñas y sus dientes parte del intestino de su amo.

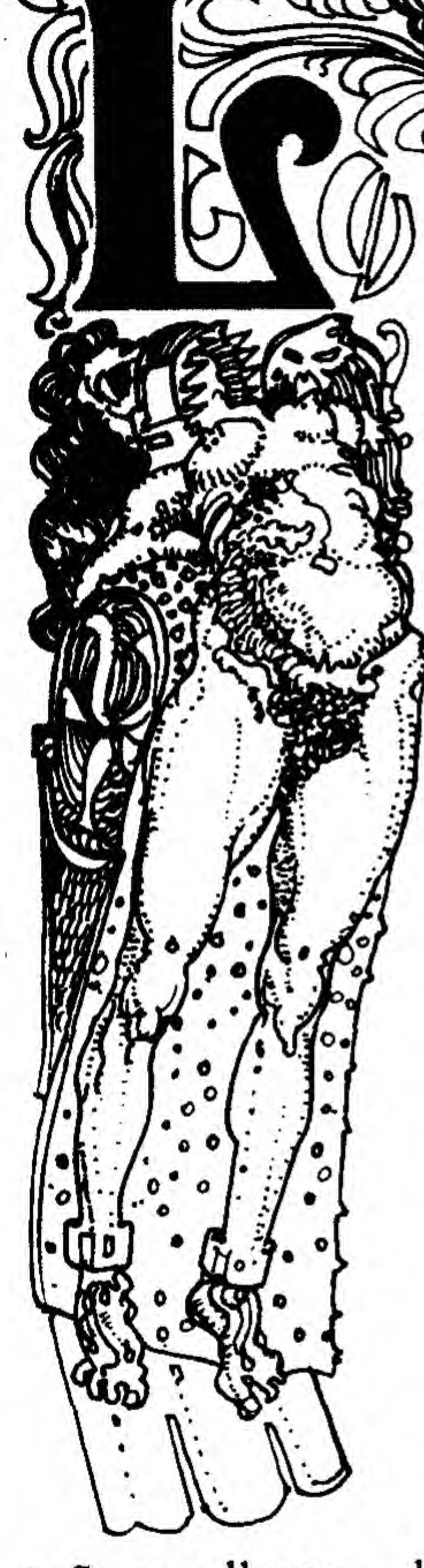

El hechicero



El hechicero

Carlos Saiz Cidoncha

—¿Se esconde? —preguntó.
—No —fue la respuesta—. Pero si él quiere nadie le puede ver.



LA primera vez que el teniente Juan Adanas, de la Guardia Territorial de Guinea Ecuatorial, oyó hablar del hechicero de la montaña, fue por boca del indígena León Copariate, poco después de haber llegado el oficial a su destino en la isla africana de Annobón.

León Copariate era un hombrecillo seco y enjuto. Su nombre, que al principio hizo gracia a Adanas, nada tenía que ver con la poderosa fiera africana, por otra parte desconocida en la isla, sino más bien con la costumbre de los annoboneses de bautizar a sus hijos con nombres de ciudades españolas. Era una persona extremadamente seria, y parecía pensar cuidadosamente sus palabras antes de pronunciarlas.

—Señor, el hombre de la montaña me llama—le dijo en aquella ocasión, al preguntarle Adanas adonde se dirigía.

—¿El hombre de la montaña?

—El hechicero.

Juan Adanas suspiró. Ya había tenido experiencias anteriores con hechiceros africanos y no sentía hacia ellos el menor respeto. Les consideraba a todos unos estafadores que se aprovechaban de la superstición

jamás oyó palabra alguna sobre aquel misterioso hechicero de quien le hablara Copariate.

A veces pensó iniciar la conversación con éste, pero siempre lo fue dejando para más adelante, siéndole levemente desagradable el tema. No obstante, aquel día en que el propio León tropezó con él ante el edificio de la Misión, la decisión de volver sobre aquel asunto se le hizo irresistible.

—¿Sigues al servicio del hechicero de la montaña? —le pregunto en tono jovial, fingiendo despreocupación.

El annobonés lanzó una de sus peculiares risillas africanas.

—Sólo cuando él me llama, señor —respondió.

Adanas luchó un momento entre la curiosidad que experimentaba y el confuso sentimiento de vergüenza que se hacía presente en su ánimo al pretender discutir seriamente sobre temas tales como la hechicería. Pero finalmente la curiosidad ganó la partida.

—¿Dónde vive ese brujo? —preguntó.

León Copariate alzó la vista.

—Arriba, en la montaña —dijo—. Más allá del lago Mazafil y también más allá del Pico del Fuego. En lo más alto de todo.

—¿Pero cómo es que nadie le ha encontrado nunca? Yo mismo he recorrido toda la isla.

Por primera vez el nativo vaciló ligeramente.

—Hay mucho bosque allá arriba, señor —respondió al fin—. Y además, si el de la montaña no quiere, nadie le puede ver.

—¿Se esconde?

—No —negó León—. El nunca se esconde. Pero si no quiere, nadie le puede ver.

—¿Por magia, quizá?

León asintió seriamente.

Y precisamente entonces, Adanas sintió en su interior una inexplicable ola de temor. Algo que no podía comprender, que su razón insistía en rechazar como ridículo, pero que, no obstante, anegaba todos

sus sentidos como una terrible inundación. De repente toda la apacible vida de Annobón le pareció semejante a una máscara sonriente que podía caer en cualquier instante, revelando bajo ella algo carcomido y aborrecible, viejo como el tiempo y tan espantoso como pudiera serlo el caos primordial del Universo.

Y lo verdaderamente horrible era que nada de cuanto había ocurrido a su alrededor, nada de lo que el pequeño annobonés le había dicho, podía ser el origen de aquella sensación. Era algo que venía de fuera, para recordarle que el mundo no estaba cuerdo por completo, que existían simas de locura donde el no advertido podía caer en cualquier momento.

Incrédulo, el oficial vio agrandarse ligeramente los ojos de León Copariate. Y de pronto la demente sensación cesó, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

León Copariate sonrió con timidez y se diò media vuelta.

—Me llama —dijo sencillamente.

Y se alejó sin otra despedida, negro y sudoroso bajo el cálido sol africano, insignificante entre las docenas de nativos que iban de un lado a otro dedicados a su trajín habitual.

El teniente Adanas sintió de pronto un violento escalofrío, sin explicarse la causa.

* * *

Hubo nuevos días y nuevas noches, tranquilos y monótonos, tanto unos como otras. Hubo nuevas excursiones de pesca y nuevas tertulias al anochecer. Continuó el trabajo ordinario, y Adanas llegó de nuevo a casi olvidar el incidente pasado. Aquella extraña sensación que llegó a percibir hízose cada vez menos real, hasta que llegó a considerarla como una alucinación fugitiva, quizás un primer amago de paludismo, o puede que efecto del sol ardiente de Africa en los nervios o el cerebro, pero de ninguna forma un suceso real. Esas cosas no sucedían, ni siquiera

en Africa, y los hechiceros no eran sino avispados explotadores de la credulidad nativa.

Hízose el propósito de olvidar lo ocurrido, y casi lo logró. Quizá desde entonces empezó a evitar a León Copariate, y quiso hacer accidental el hecho de no internarse más en el montañoso centro de la isla, más allá del lago Mazafil y del Pico del Fuego.

De Copariate le llegaban a veces noticias indirectas. Supo que la vida del pequeño annobonés había cambiado después de su última entrevista. Hacíase ahora muy raro de encontrar y sus maneras eran huidizas y temerosas.

—Todas las noches se emborracha —le dijo un día el viejo Valladolid, cuando le interrogó sobre el particular—. Está malo...

Y de pronto un día llamaron a la puerta de su oficina, y allí estaba León Copariate, frotándose las manos con nerviosismo.

—Buenos días, señor —dijo educadamente. Y permaneció inmóvil, como esperando permiso para entrar.

Adanas le contempló con asombro. Parecía haber envejecido, y su mirada no era la de antes. Bullía en sus ojos un sentimiento de inseguridad, de miedo, incluso de franco pánico. ¿Qué podría haberle ocurrido al tranquilo hombrecillo que conociera al llegar a la isla? Su naturaleza parecía haber cambiado de un modo sutil pero inconfundible. El temblor de sus labios no podía deberse únicamente al alcohol que en los últimos tiempos parecía consumir en abundancia.

Un animal perseguido, decidió de pronto Adanas. Un pobre perro que vaga por las calles hecho un manojo de nervios, esperando que alguien se lance sobre él para golpearle.

—Pasa, León —invitó. Y el hombrecillo tomó asiento frente a él, sin abandonar su aire temeroso. Pudo observar cómo sus ojos se revolvían inquietos como vigilando algún ignorado peligro.

—¿Qué quieres?

El annobonés metió la mano en su bolsillo, vaciló ,

y la volvió a sacar de nuevo, vacía. Su nerviosismo empezó a irritar al oficial.

—Señor —dijo al fin—. Mañana me voy a Fernando Poo. A trabajar.

—Me parece muy bien —aprobó Adanas—. ¿Y es para eso para lo que vienes a verme?

León negó lentamente con la cabeza. Parte del sudor que corría por su negra frente no podía ser imputado al sol africano. De nuevo metió la mano en el bolsillo, y esta vez extrajo un objeto que dejó sobre la mesa.

—¿Lo quiere usted, señor? —preguntó con voz muy débil.

Sorprendido, Adanas tomó en su mano el objeto y lo examinó. Se trataba de un medallón grabado, una obra como antes nunca había visto en Africa. No era un objeto de hierro o bronce como los que solían vender los *haussas* de Nigeria, sino algo primorosamente trabajado y hecho de un metal que no pudo reconocer. El grabado tampoco representaba nada familiar, sino una serie de líneas rectas y curvas que formaban un motivo semejante a una letra árabe. Pesaba de forma desproporcionada a su tamaño.

—¿Me lo quieres vender? —preguntó.

De nuevo León negó con un movimiento de cabeza.

—Se lo regalo, señor —murmuró—. Es para usted.

Adanas frunció el ceño. Desde luego allí había algo raro e inquietante.

—¿De dónde lo has sacado? —inquirió.

León inclinó la cabeza hacia un lado y adoptó una actitud estólida, sin responder.

—Te pregunto de dónde lo has sacado —repitió Adanas, con más energía—. ¿Lo has robado?

—¡No! ¡No! —protestó el annobonés—. No lo he robado, señor. Era...

Calló, pero al ver la expresión del oficial, optó por continuar.

—¡Era del hechicero de la montaña!

Siguió un pesado silencio. Instintivamente, Adanas dejó el medallón sobre la mesa.

—¿Se lo has quitado a él?

—¿A él? —la sorpresa de León no era fingida—. No, señor. El hechicero ha muerto.

—¿Muerto...?

—Hace una semana. Yo mismo le enterré al pie del Pico del Fuego, como él me había ordenado antes de morir.

Y de pronto el oficial sintió un inmenso alivio, como si acabara de escapar de una fea pesadilla. Al fin y al cabo aquel hechicero no era lo que había... ¿pensado o soñado? Por un momento se rio de sí mismo, pero luego su rostro se crispó de nuevo.

—¿Y no le habrás matado tú mismo para robarle, León? —acusó súbitamente.

El horror asomó en los ojos del hombrecillo. Pero no el horror del culpable desenmascarado, sino el del hombre a quien se menciona un acto inconcebiblemente sacrílego y antinatural, que su misma alma tiembla sólo de pensarlo.

—¡Señor! —gritó. Por primera vez su voz era alta—. ¡Matarle! ¿Yo? ¡Si no hubiera podido ni siquiera... ni siquiera...! —calló, falto de pronto de argumentos para refutar aquella enormidad.

No, decidió el oficial. Aquel hombrecillo era físicamente incapaz de haber levantado la mano contra el misterioso personaje de la montaña, fuera éste quien fuera. Ciertamente que hubiera debido mencionar antes su muerte, denunciarla ante él mismo, que representaba la autoridad. Pero... mejor era así. En lo que se refería a la Administración, aquel brujo nunca habia existido. Si murió o dejó de morir en la soledad de su cueva de eremita, a nadie importaba. Y a Juan Adanas, menos que a nadie.

León pareció encontrar de nuevo la voz.

—Señor, era un hechicero muy poderoso —dijo—. Si yo hubiera querido matarle, no hubiera podido.

—Y, sin embargo, su magia no le libró de morir ¿no es cierto?

—Todos morimos. Pero los verdaderos hechiceros nunca mueren del todo.

Inmediatamente después de pronunciar aquellas extrañas palabras, el rostro de León se contrajo en una fea mueca, como si temiera haber dicho demasiado.

Adanas recogió de nuevo el medallón y el hombrecillo le miró con esperanza.

—¿Por qué me lo regalas?

León se puso instantáneamente a la defensiva.

—Señor, mañana llega un barco y yo saldré en él para Fernando Poo —dijo—. No quiero que... no quiero que salga fuera de Annobón, señor.

El oficial sopesó el medallón. Se sentía extrañamente contento de que tanto el hechicero como León desaparecieran de su vida.

—Bien —dijo—. Pues muchas gracias. Me quedo con él.

El resultado de estas palabras fue inesperado. De repente todas las señales de temor y decadencia que le habían extrañado en el annobonés se disolvieron en el aire. León Copariate volvió a ser el de antes, pero con el añadido de una incontenible alegría y también un intenso agradecimiento.

—Gracias a usted, señor —dijo cálidamente—. ¡Muchas gracias a usted, señor!

Y se dispuso a salir. Pero antes de hacerlo vaciló, como si algo luchara en su interior. En el mismo umbral de la puerta volvió la cabeza casi con una sacudida.

—Señor... —dijo vacilante. Y luego de súbito, exclamó—. ¡Cuídese de los tornados, señor!

Y salió rápidamente antes de que el oficial pudiera pedirle explicaciones sobre tan extraña advertencia.

* * *

Llegó y se marchó el barco, y León Copariate partió con él rumbo a la isla de Fernando Poo, al norte, más allá del Ecuador. Y tornaron los días cálidos y las noches estrelladas, en tanto que el recuerdo de aquel

fantástico personaje de la montaña iba desapareciendo de la mente de Juan Adanas. Incluso el medallón había quedado en un bolsillo de su guerrera, lejos de su memoria y su recuerdo.

El primer acontecimiento extraordinario vino de la parte más inesperada. Fue Pedro Mansuy Elá, el soldado de la Guardia Territorial que le servía de ordenanza quien vino un día a verle, mohíno.

—Mi teniente, vengo para decirle que ya no quiero seguir siendo su ordenanza.

Adanas se quedó mirando, sorprendido, a quien así le hablaba.

—¿Quieres volver a hacer todos los servicios? —preguntó, incrédulo.

—Sí, mi teniente —respondió el otro sin pestañear.

—¿Y puedo preguntarte por qué has decidido eso?

El soldado empezó a moverse inquieto de un lado a otro, dando vueltas entre sus manos a la gorra militar.

—Es que ya no me conviene, mi teniente.

Adanas le miró de hito en hito, lo que azoró aún más al hombre.

—¿Te trato mal, acaso?

—Mmmmm... no...

—¿Es que tienes mucho trabajo en casa?

—No, mi teniente... Es que... no me conviene... no me conviene...

El oficial se sentó en su silla y cruzó las piernas. Se quedó contemplando casi durante un minuto al soldado, sin decir nada. El hombre se agitaba, nervioso. Trasladó varias veces el peso del cuerpo de uno a otro pie, y se mordió los labios.

—Mansuy —habló al fin Adanas con firmeza—. ¿Qué pasa?

El guardia territorial se dio por vencido. Carraspeó y finalmente se decidió a hablar.

—Mi teniente, en la casa hay alguien.

Adanas enarcó una ceja.

—¿Alguien?

—Sí, mi teniente —se disparó ahora el otro—. Cuando estoy arreglando la casa hay alguien que me mira y luego... hay olor a cosas malas, a cosas que no se pueden decir...

Adanas se quedó mirando al soldado, pensando si no se estaría mofando de él.

—¿Que hay alguien? —preguntó—. ¿Y quién es ese alguien?

El guardia territorial se mordió de nuevo los labios.

—Alguien que le quiere mal, mi teniente —dijo en un murmullo.

Adanas se levantó y se dirigió a la puerta.

—Vamos —dijo.

Recorrieron la pequeña explanada hasta llegar al cuartelillo de los guardias territoriales.

—Mansuy ya no quiere ser mi ordenanza —anunció el oficial—. ¿Quién quiere sustituirle?

Se ofrecieron todos, mientas dirigían algunas miradas de extrañeza a quien así abandonaba por propia voluntad el deseado puesto. Adanas se dirigió a un robusto mocetón de nariz achatada y dientes blancos como el marfil.

—Ndongo, ¿tienes miedo a los fantasmas?

El soldado rió, sin comprender.

—En la residencia hay fantasmas, a lo que parece —continuó el oficial con toda seriedad—. ¿Quieres ser mi ordenanza?

—Sí, mi teniente —sonrió el otro con toda su dentadura.

—¿No tienes miedo a los fantasmas?

—No, mi teniente.

—¡Vamos entonces!

Mientras oficial y soldado se alejaban en dirección a la residencia, el guardia territorial Mansuy les siguió con la mirada, inexpresivamente.

* * *

—¿Me llamaba, mi teniente?

Adanas alzó la vista del parte rutinario que estaba haciendo para fijarla en el ancho rostro de Ndongo.

—No, no te he llamado —respondió.

El rostro del soldado se arrugó en una mueca de extrañeza.

—Mi teniente... perdone. ¿Ha estado usted arriba hace un momento?

Había ahora un acento extraño en su voz, y Adanas se le quedó mirando con algo de intranquilidad.

—No —negó de nuevo—. No he salido de la oficina. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, mi teniente —se apresuró a replicar Ndongo—. ¿Ordena usted alguna cosa?

—Puedes marcharte.

Se marchó en efecto el soldado, sin que en su rostro apareciera aquella ancha y blanca sonrisa que le era tan peculiar. Pero a partir de entonces observó Adanas que procuraba limpiar y arreglar la casa precisamente a las horas en que él mismo estaba en ella, como si no quisiera estar a solas en el edificio. Los días sucesivos borraron definitivamente la sonrisa del guardia territorial, sustituyéndola por un fulgor asustado en los ojos, mas nunca se quejó ni mencionó la posible fuente de sus temores.

Finalmente fue el mismo Adanas quien pudo observar una manifestación del extraño fenómeno que parecía encantar la casa. Hallábase de nuevo en su oficina cuando le pareció oír extraños ruidos arriba, en el piso destinado a la vivienda.

—¡Ndongo! —llamó, pensando que el soldado podía ser el origen de aquellos ruidos.

En respuesta a su grito, algo corrió audiblemente en el piso de arriba, chocando con los muebles. Adanas saltó en pie, alarmado.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —saludó Ndongo, entrando en la oficina desde la explanada exterior.

Adanas aguzó el oído. Nada se movía ahora en el piso de arriba.

—¿Hay alguien arriba, Ndongo? —preguntó.

Los ojos del soldado se desorbitaron.

—¡Nadie mi teniente!

—¡Maldita sea! —estalló el oficial—. ¿Cómo pue-

des saber que no hay nadie, si vienes de fuera de casa.

Pero el soldado retrocedió un paso y repitió con un hilo de voz.

—No hay nadie, mi teniente... no hay nadie...

Adanas se preparó para ordenarle que subiera, pero cuando ya abría la boca para gritar la orden, se dio cuenta de que no podía demostrar ante aquel soldado el más leve temor hacia lo que fuera que estuviese arriba... si es que efectivamente había alguien o algo.

—¡Vamos! —dijo, abriendo la funda de su pistola reglamentaria—. ¡Sígueme!

Ndongo palideció hasta convertir en gris el brillante negro de su rostro. Pero cuando su oficial se lanzó escaleras arriba, no dudó sino un momento antes de seguirle.

No había nada. Registraron todos los rincones, pero el único rastro de anormalidad era quel levísimo olor malsano que un día mencionara Mansuy, un vago relente a vejez y descomposición que muy bien pudiera proceder del exterior. Más no por ello se tranquilizó Ndongo, cuyos ojos giraban sin cesar en sus cuencas, temiendo algún extraño ataque procedente de cualquier rincón. El mismo Adanas advertía algo nuevo pero indefinible, algo que se había apoderado de la residencia. Al descender de nuevo a la oficina creyó percibir el susurro de un tenue suspiro procedente de sus espaldas. Se estremeció.

Los siguientes días fueron de inquietud. Nada concreto se hacía visible, mas la suma de pequeños detalles seguía aumentado. Leves ruidos, roces inexplicables, milimétricos desplazamientos... Nada tangible, pero siempre una sorda amenaza captable quizá tan sólo por los olvidados instintos ancestrales del hombre. Los nativos evitaban la casa, puede que inconscientemente, ya que nunca decían nada sobre el particular. Ndongo acudía valientemente a diario para cumplir con su obligación, negándose a admitir que manifestación sobrenatural alguna pudiera hacerle re-

troceder. Pero mientras limpiaba las habitaciones o arreglaba las camas, no dejaba de lanzar furtivas miradas a su alrededor.

En ocasiones Adanas veía o creía ver por el rabillo del ojo atisbos de una inclasificable presencia, una silueta difusa que desaparecía cuando la miraba directamente. Pero se negaba en redondo a creer.

La humedad del clima sobre la madera, se decía a sí mismo. Los pájaros que aletean en el tejado, y quizá también el *comején*, la terrible carcoma africana, que roe y trabaja en el interior de los muebles. Y, desde luego, también los nervios, que se desbocan con facilidad en Africa y hacen imaginar cosas que no existen.

Y de pronto un día llegó el recuerdo olvidado de León Copariate y de su extraña tranformación, de la expresión temerosa de su rostro... Como si alguien o algo le persiguiera «también» a él. Y el recuerdo paralelo del extraño medallón que le fuera entregado por el annobonés.

Ndongo estaba limpiando la mesa del comedor cuando se dirigió a él.

—¿Mi teniente?

—Ven un momento. Quiero enseñarte una cosa.

El soldado se aproximó. Adanas sacó del bolsillo el medallón y se lo alargó.

—¿Sabes lo que es esto?

Por un instante el rostro del ordenanza denotó la más absoluta incomprensión, mientras su mano se alargaba instintivamente hacia el objeto. Y en el instante siguiente... ocurrió.

La espantosa sensación que ya antes una vez golpeara la mente de Adanas, atacó de nuevo. Una vez más la realidad se convirtió ante sus ojos en una simple máscara de carnaval, en algo superficial tendido apresuradamente sobre un abismo de desconocidos horrores. El rostro del guardia territorial se retorció en una mueca de terror, denotando que también él era consciente de aquella terrorífica sensación. Hubo un instante de parálisis, y de repente algo crujió sonoramente tras la entreabierta puerta del pasillo.

Adanas habia oído hablar de cómo el miedo puede, por paradoja, galvanizar los músculos de una persona y lanzarla hacia delante en dirección al peligro. Algo así le debió ocurrir, pues antes de que pudiera pensarlo siquiera se vio saltando hacia la puerta y abriéndola de un empellón. Pero nada había al otro lado, y tras una última convulsión, la aterradora sensación se fue apagando, no súbitamente como la vez anterior, sino poco a poco, semejante a una fiera que se retira a su guarida a regañadientes.

Adanas se secó el sudor que corría por su frente, y volvióse hacia Ndongo, que no se había movido del centro de la sala.

—¿Tienes miedo ahora? —le preguntó, un tanto absurdamente.

El guardia territorial tragó saliva.

—Mi teniente, yo soy un *fang* de Mikomeseng —dijo con voz ronca—. Mi padre es un cazador cuyos antepasados mataban al *nsok,* el elefante, armados sólo de flechas. El padre de mi madre fue un gran hechicero, que hablaba con los muertos como yo hablo ahora con usted. No, yo no tengo miedo de los vivos ni de los muertos, mi teniente... y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Mi teniente, hay cosas que no están ni vivas ni muertas. Es la antigua brujería de Annobón, que estaba aquí cuando los portugueses llegaron, y de la que nadie sabe nada, y el que lo sabe no se atreve a hablar de ella. Es la brujería de los antiguos, mi teniente.

Por un instante ambos permanecieron quietos, mirándose el uno al otro y compartiendo un secreto que las palabras eran incapaces de expresar.

—Está bien —dijo el oficial—. Puedes marcharte.

El ordenanza se apresuró a obedecer, dejando a Adanas solo en la estancia. No se produjo ningún fenómeno más y el oficial acabó por guardarse en el bolsillo el medallón que aún conservaba en la mano.

* * *

Adanas, despertado súbitamente, quedó inmóvil en la oscuridad con los ojos muy abiertos y el corazón golpeando furiosamente en su pecho. Algo le había arrancado de su sueño, algo insólito que había golpeado por sorpresa sus dormidos sentidos para ponerlos en estado de alerta.

Nunca hasta entonces había sentido nada anormal por las noches. Los misteriosos y casi imperceptibles fenómenos que le inquietaban habíanse producido siempre durante las horas diurnas, como si tuvieran alguna relación con la luz solar, en contraposición a los espantos de las leyendas europeas. Pero ahora...

Sí, eso le había despertado. Había un ruido que esta vez no era imperceptible ni minúsculo. Un fragor que llegaba de fuera de la casa, hojas y desperdicios arrastrados por el suelo en medio de un lejano y múltiple golpear de puertas y ventanas mal cerradas, y algo que silbaba poderosamente entre los árboles.

Respiró con alivio. Aquel ruido nada tenía de misterioso. Era el súbito ventarrón que precede a los tornados africanos, el heraldo que invita a las gentes a buscar refugio antes de que las primeras pesadas gotas empiecen a estrellarse contra el suelo y que el trueno alce su voz entre las nubes. Sería el primer tornado de la estación de las lluvias.

Golpearon el tejado, en efecto, las primeras gotas, intensificándose hasta convertirse en una verdadera cortina de agua que bramaba al batir los techos de las casas y toda la tierra de Annobón. Al estrépito de la lluvia y el viento pronto se sumó el de los formidables truenos tropicales y todo el salvaje canto de la naturaleza desencadenada se dejó oír sobre la isla, violento y ensordecedor.

No tardó en sentir Adanas la placentera sensación de quien escucha la voz de la tempestad desde un lugar cubierto y seguro. El rugido de los elementos se le hizo monótono y apenas si llegaba a captar el fulgor de los relámpagos a través de la persiana encajada en el ventanuco. En medio de las tinieblas, Ada-

nas sintió que sus sentidos se adormecían, que iba a caer de nuevo en el sueño, que...

El olor.

Lo sintió vagamente al principio, pero luego el hedor a podredumbre se acentuó de tal forma que no pudo ignorarlo. Un relente de descomposición, magma putrefacto... no cabía duda... no cabía duda...

¡Procedente de la misma habitación en la que estaba!

En un instante toda sensación de sueño desapareció. Fuera, la tempestad seguía aullando su cólera, pero Adanas era sordo a ella. Toda su sensibilidad estaba concentrada en el olfato, en aquel horrible olor que no tenía derecho a dejarse sentir, que no podía...

«Cuídese de los tornados, señor».

El recuerdo le asaltó mientras se incorporaba en la cama y hacía frente a las tinieblas, bañado todo el cuerpo en sudor. Los tornados... los tornados... ¿qué horrible entidad podía despertar al conjuro de la tormenta?

Y fue entonces cuando un relámpago deslizó su instantánea luz en aquel recinto y llevó a sus ojos una visión que le hizo estrellar sus espaldas contra la pared de la habitación, con un grito de espanto.

En el cuarto había otra cama, que solía usar cualquier ofical de visita que debiese pasar una noche en Annobón. Una cama que acostumbraba a estar vacía, que ahora debía estar vacía.

¡Pero que no lo estaba!

Pues la momentánea luz del relámpago había dejado ver un bulto deforme y negro extendido sobre el lecho, una anormal silueta de la que, ¡estaba seguro!, brotaba aquel espantoso hedor a descomposición y podredumbre. Y luego las tinieblas se habían cerrado de nuevo, y había quedado solo en la oscuridad con aquella Cosa innominada. Perdido en los oscuros laberintos del terror, Adanas no podía sino apretar demencialmente la espalda contra la pared,

como si quisiera atravesarla para huir como fuera de aquella silueta apenas entrevista.

De aquella silueta que no le era del todo desconocida, pues algo en su espíritu le decía lo que la Cosa era en realidad. Algo nefasto que había surgido de una tumba perdida para reclamar un objeto de su pertenencia... y para castigar el despojo. Algo que había rondado inmaterialmente en torno a la casa hasta que la tormenta le dio fuerzas para adquirir sustancia material.

El olor se hizo más denso... *se aproximó,* rodeándole con sus pestilentes tentáculos, mientras él permanecía paralizado, espalda contra la pared. El estrépito de la tempestad exterior parecía llenar el universo entero, ocultando cualquier furtivo movimiento que se produjera en la habitación. Pero el olor aumentaba... aquello se estaba moviendo, se estaba aproximando, quizá tendía ya sus zarpas descompuestas para tocarle el rostro.

Gritó, maldijo y rezó en una demente confusión infernal. ¡Debía escapar! Debía dominar la parálisis, saltar hacia delante para alcanzar la puerta, correr, salir al pasillo, aunque fuera arrastrándose... pero sus músculos estaban agarrotados, y la sola idea de tropezar en la oscuridad con... aquello, aplastaba más y más su espalda contra la pared, mientras los ojos se le salían de las órbitas, mientras los dientes entrechocaban inconteniblemente, mientras...

Un nuevo relámpago iluminó levemente la habitación a través de la persiana... ¡y entonces lo vio! De pie, muy cerca, una silueta negra y encorvada de la que brotaban los hedores de mil cementerios... las manos tendidas hacia delante... *hacia él.*

¡Hacia él!

Gritó con todas sus fuerzas y saltó en medio de la oscuridad, hacia la puerta, oblícuamente, esquivando el lugar en donde viera aquel horror, con la mente turbada, frenético. Y sintió en un brazo *el roce,* el contacto de algo pastoso y semilíquido que estuvo a punto de precipitarle en la locura. Aulló de espanto y

de asco, mientras su mano buscaba locamente el picaporte en la oscuridad... ¡ahora! Mientras un terrible trueno estallaba en el exterior, el cuerpo de Adanas rodó por el pasillo, debatiéndose y pugnando por ponerse en pie y por alejarse de aquella puerta por la que saliera. Y corrió, corrió por el pasillo tropezando con las paredes, mientras el viento rugía y la lluvia restallaba fuera de la casa.

El panorama familiar del comedor, suavemente iluminado por el fulgor del refrigerador de petróleo, apacible y tranquilo, detuvo por un instante su ímpetu e incluso le invitó a reflexionar, a liberarse de la niebla abrasadora que había envuelto su mente en los últimos minutos. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era lo que *de verdad* había ocurrido?

¿Una pesadilla?

Soy el teniente Juan Adanas, de la Guardia Territorial de Guinea, se repitió a sí mismo; luchando con el espasmo de su respiración y con el temblor de sus miembros.

No, no hay hechiceros en Africa, pensó, al menos no verdaderos hechiceros. Me he despertado en medio de la noche con el ruido de la tormenta, y he creído ver... No, eso no, en realidad no me he despertado, sino que he creído despertarme, como suele suceder en los sueños. Una pesadilla, una pesadilla espantosa, pero nada más. Los nativos, los supersticiosos nativos que han logrado influir en mi ánimo, en mis nervios. He huido como un loco de algo que no existía sino en mi imaginación.

Se apoyó en una silla, donde estaba colocada precisamente su guerrera y también su cinto. Enfrentó con una mirada que quiso hacer tranquila las tinieblas del pasillo del que había brotado un instante antes, enloquecido por el pánico. No, aún no podía volver a introducirse en ellas. Quizá cuando terminara la tormenta... ¿cuánto faltaría para el amanecer?

Las tinieblas del pasillo se dividieron y un retazo de ellas surgió tambaleándose, para avanzar luego

torpe y lentamente por el comedor. El olor llegó de nuevo, más irresistible que nunca.

Adanas gritó mientras su mano buscaba el cinturón colgado de la silla. Un segundo después la pistola reglamentaria estaba en su mano derecha y lanzaba todos los disparos del cargador con la velocidad de una ametralladora, confundiéndose las detonaciones en una imitación del trueno exterior, acribillando la silueta de negrura y descomposición que se tambaleaba a muy pocos metros de distancia.

La vio ahora claramente, una forma medio deshecha de carne en disolución, coronada por una atroz máscara que hacía mucho tiempo había dejado de ser un rostro humano, todo ello forzado a avanzar por una vida antinatural, que movía los descompuestos músculos con un atroz designio de venganza y maldad. La vio recibir la rociada de balas, abrirse en varios lugares, llaga sobre llaga, para derramar oscuros humores de inmundicia. La vio avanzar, incólume (¿acaso se puede matar a la misma Muerte?), abierto el infecto pozo de su boca sin labios, y con algo espantoso destellando en las vacías cuencas oculares. Paso tras paso, las garras hacia delante, ansiosa del supremo desquite.

Adanas no esperó el asalto del diabólico ser. Corrió a la terraza y allí, aplastado de súbito por la densa cortina de agua, se descolgó como pudo por la balaustrada para caer a tierra, dejando atrás la casa y la entelequia que ahora la habitaba. Enloquecido, rodó por el barro, bajo el embate de la lluvia que parecía llenar el universo. Allá en lo alto, la fantasmal silueta del Pico de Fuego parecía rodeada por un halo de relámpagos, como si navegara en un mar de llamas o como si el infierno se hubiera abierto allí para vomitar una carga de seres demoníacos. Los latigazos del agua cegaron pronto los ojos del oficial, pero sus pies, chapoteando y tropezando, supieron llevarle a través de la explanada, entre el trueno y el relámpago, hasta el único refugio que instintivamente reconoció como seguro.

El muro de la Misión se alzó ante él, y tanteó locamente hasta encontrar un acceso. Luego se acurrucó en el oscuro interior, rezando con la violencia que da el espanto, con el temor de sentir en cualquier momento un suave y pútrido contacto, o advertir de nuevo el fantástico olor del cadáver viviente.

Toda la noche aulló la tempestad en torno al templo, pero ninguna manifestación sobrenatural se hizo aparente. Y cuando cesaron los truenos y el viento se calmó, cuando las primeras luces del alba surgieron en el horizonte, el destrozado Adanas comprendió que la pesadilla había llegado a su fin.

* * *

La vivienda estaba desierta cuando finalmente se arriesgó a regresar a ella. Tan sólo Ndongo, ignorante de lo ocurrido, estaba limpiando el comedor, donde la lluvia había penetrado al abrirse la puerta de la terraza. La única huella de lo sucedido estaba constituida por unas inidentificables manchas que aún mantenían el recuerdo de un pasado hedor.

Y algo más. Adanas supo desde el primer momento que algo habría de faltar en el bolsillo de su guerrera. El medallón había sido recuperado por su legítimo dueño, y el oficial sintió un escalofrío al imaginar el lugar donde debía encontrarse ahora el objeto que durante tanto tiempo él mismo guardara sobre sí.

Había desaparecido también la oscura presencia que encantara la casa antes de aquella noche de terror, y el propio Ndongo debió notarlo, pues al poco tiempo volvió a sonreír como antes, olvidando pasados temores. Tan seguro quedó Adanas de esta retirada, que se obligó a sí mismo a pasar la siguiente noche en la misma habitación donde comenzara el espanto. Fue noche de pesadillas y despertares súbitos, pero ningún ser extraño se manifestó. Dos días después estalló un segundo y aún más poderoso tornado, pero tampoco ocurrió nada de lo que Adanas te-

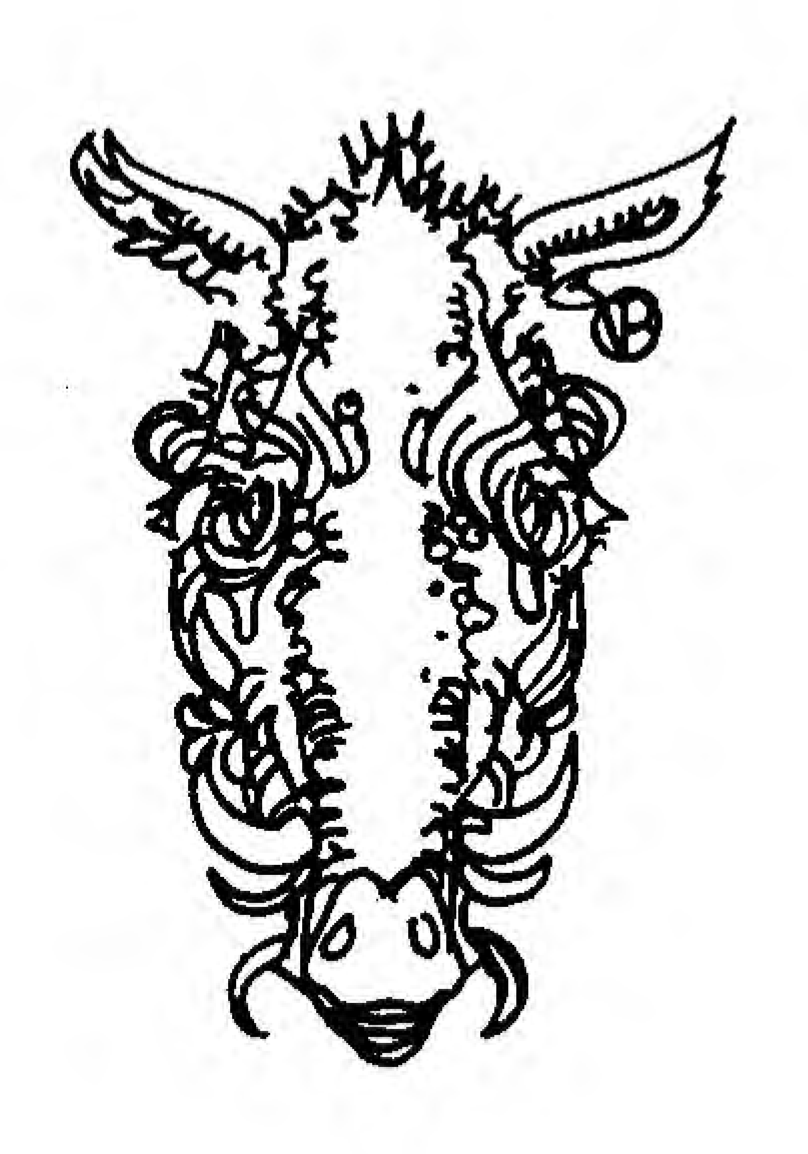
miera. El ser de la montaña parecía haberse contentado con recuperar su talismán.

Y transcurrieron los días, las semanas y los meses, hasta llegar el momento del relevo. No se atrevió Adanas a relatar nada de lo sucedido al nuevo oficial, que nunca le hubiera creído. Hizo sus maletas y, llegado el momento, se encontró a bordo de la pequeña corbeta de guerra que le devolvería a la isla de Fernando Poo.

Pero no pudo evitar un último estremecimiento retrospectivo cuando el buque levó anclas y la montañosa y verde silueta de Annobón empezó a quedarse atrás.

Era el final de una espléndida tarde tropical y los fulgores rojos y amarillos del crepúsculo hacían destacar la gran prominencia del Pico del Fuego. Por unos instantes la imaginación de Adanas le hizo ver confusamente una roquiza ladera, y en ella, oculta por el bosque y quizá por algún maligno poder, la tumba donde descansaba un ser horrendo, vivo y muerto al mismo tiempo, con un medallón metálico en el cuello y nueve balas en el corazón.

Pero la brisa marina acarició luego con fría suavidad el rostro del oficial, y finalmente, éste se volvió hacia el Norte, hacia el porvenir, dando definitivamente la espalda a la volcánica isla de Annobón y a los antiguos e inexpugnables misterios que en ella moraban.




El manuscrito
de Anna Shwarzt



El manuscrito de Anna Shwarzt

J. Leyva

Si usted, lector amigo, es un amante de la buena mesa... Si está siempre al acecho de un menú, exquisito y original, con el que satisfacer su condición de «gourmet», entonces, le invitamos a que lea el relato que sigue. Eso sí, cuide de que las recetas que le ofrecemos no caigan en manos de cualquier desaprensivo...



EN el sótano del número 54 de la rue Laumière de París, existió a finales del siglo XIX el único restaurante de carne humana de que se haya tenido noticia. Su propietario, monsieur Robespierre —como se hacía llamar— fue procesado y ajusticiado secretamente a fin de evitar la difusión de sus recetas y medios de aprovisionamiento, tareas en las que contaba con la ayuda de una joven cocinera, Anna Shwarzt, de nacionalidad alemana.

El restaurante no figuraba en la guía gastronómica de París, y a su exquisito comedor acudía no más de una veintena de asiduos comensales.

Cuando monsieur Robespierre fue detenido, Anna Shwarzt logró escapar a Italia y se refugió en un colegio, donde actuó como profesora de idiomas hasta el verano de 1912, fecha de su fallecimiento.

El director del internado, Carlo Martini, se ocupó de los trámites legales, descubriendo muy pronto que fräulein Anna Shwarzt carecía de familiares próximos a quienes comunicar, al menos, su muerte. Durante la búsqueda de datos y referencias entre los efectos personales de la difunta, Martini encontró un manus-

crito de notas redactado en alemán, que envió a traducir a una conocida editorial especializada, regentada por un jesuita, con la esperanza de hallar en aquellas páginas de apretada caligrafía femenina algo que iluminara el pasado y la identidad de la pobre Anna —como decía el director del internado al referirse a ella.

A los pocos días, sin embargo, Carlo Martini quedó muy sorprendido al recibir la devolución del manuscrito de fräulein Shwarzt, con una advertencia que decía textualmente:

«Razones de orden ético nos impiden efectuar la traducción del manuscrito que tuvo a bien confiarnos. Le rogamos sepa disculpar nuestros escrúpulos profesionales».

Extrañado y doblemente interesado en conocer el contenido de aquellas páginas manuscritas, Carlo Martini optó —después de varias tentativas igualmente infructuosas— por gestionar su traducción, acudiendo a un sistema más elemental y directo, como fue la publicación de un simple anuncio en un diario, solicitando la colaboración de un traductor de alemán para un trabajo rutinario.

De este modo conocí al profesor Carlo Martini, que tras darme a conocer la naturaleza del trabajo que deseaba encomendar, no dudó en transmitirme su curiosidad respecto al manuscrito, especialmente por la resistencia hallada hasta entonces para su traducción.

Tomé, pues, a mi cargo la tarea, no sin prometer a Martini que le enviaría periódicamente las páginas traducidas: a tal extremo había llegado su impaciencia.

No tardé, sin embargo, en comprobar que el tiempo transcurrido y la mala conservación del librito habían hecho estragos en las hojas centrales, dejando ilegible más de la mitad de lo escrito. De todos modos, lo que aún podía transcribirse era tan espeluznante como para hacerlo sin demora y superando las dificultades, cosa a la que me entregué en seguida.

Por una vez tomé la precaución de sacar una copia de las holandesas que enviaba a Carlo Martini.

Hoy, al cabo de más de diez años de aquel trabajo de traducción, he sabido de la muerte en accidente de aviación del profesor Carlo Martini, y creo no faltar a ningún principio de ética profesional si doy a conocer las páginas traducidas de fräulein Anna Shwarzt, cocinera de un restaurante parisino hacia 1890, único lugar del mundo donde se cocinaba y servía carne humana, como deduje del manuscrito que Martini puso en mis manos.

En todo caso, traslado mi responsabilidad a los editores de esta serie, que tan interesados se mostraron cuando les referí el asunto.

He aquí, por tanto, la transcripción de algunas de sus páginas , relacionadas —como el lector comprobará— con los medios de aprovisionamiento, recetas e intimidades que monsieur Robespierre y su ayudante compartieron durante el tiempo en que el restaurante estuvo abierto al público.

(...)

«Ayer estuvimos de compras. Monsieur Robespierre había recibido el aviso de que en la rue Mignon tenían un recién nacido muerto. La primera reacción de los padres de la criatura fue de rechazo, pero los francos que ofreció monsieur Robespierre allanaron sus escrúpulos. Envuelto en una toalla húmeda, nos trajimos al niño en el tílburi de René —ese viejo verde que se hace llamar taxista—. Después de quitarle la cabeza y los intestinos, lo puse al horno con zanahorias, laurel y una buena copa de coñac. Monsieur Robespierre estaba radiante por las felicitaciones recogidas en el comedor».

(...)

«En el hospital de La Défense hemos adquirido la pierna amputada a una gran dama, esposa de un militar destinado en Argelia —datos que nos proporcionó Jean Mousseau, ese patán de enfermero que tantos favores debe a monsieur Robespierre, incluido

este trabajo suyo en el hospital—. Deshuesada y después de bien cocida, la pierna va a ser degustada en una cena íntima del canónigo Ch., que hace tiempo tenía hecho este encargo. La carne es muy sabrosa, aunque algo dura —parece ser que su propietaria montaba con frecuencia a caballo—, de ahí que la haya puesto a hervir media hora a fuego lento con abundante manteca de pato.

»En esta ocasión no quise privarme de un espectáculo como el de contemplar, aunque a hurtadillas, el resultado de nuestro arte. El canónigo saboreaba la pieza con un rictus de placer indescriptible en el rostro, mientras explicaba a sus compañeros de mantel que «cierto tipo de carnes debe tomarse sin el artificio del cuchillo y el tenedor, pues el contacto de los dedos multiplica sensaciones...»

(...)

«Entre nuestros más fieles clientes hay una dama especialmente caprichosa, aunque no por ello menos respetable. Acostumbrada desde su más tierna infancia —como oí que decía un día a monsieur Robespierre— a las criadillas de cordero, su gusto gastronómico derivó a los testículos de hombre con el tiempo, manjar del que no puede prescindir al menos una vez por semana. Las dificultades para proporcionar a madame S. el placer que exige su delicado paladar, nos llevan en ocasiones a complicadas maniobras y gestiones, pero no por ello dejamos de cumplir con nuestro deber. De no ser así, ¿cuánto duraría abierto el comedor?

»Me consta el sacrificio económico de monsieur Robespierre, así como los peligros a que se expone por satisfacer el apetito de nuestra cliente. Según esto, no parece necesario mencionar la clase de gente con la que se ve obligado a tratar la adquisición de unos testículos, que a veces es preciso obtener por métodos un tanto violentos, como el ataque por sorpresa a un viandante solitario».

(...)

«El dicho popular de *como para chuparse los dedos,*

tiene para la familia Mousil —el matrimonio, una hija de unos treinta años de edad, y dos tías de la señora— un significado especial. Sus gustos gastronómicos giran alrededor de las manos y pies humanos, que monsieur Robespierre prepara extraordinariamente bien, siguiendo la receta clásica de las manitas de cerdo. No he visto a nadie disfrutar tanto como los Mousil ante una humeante cazuela de pies y manos bien troceados —de distintos orígenes, por descontado—, acompañada de ensalada fresca y abundantes cebollitas.

»En una época de escasez, el señor Mousil llegó a ofrecer sus propias manos a monsieur Robespierre para que se las guisara según su peculiar estilo, si en el plazo de una semana no conseguía hacerse con su manjar favorito. La esposa, en cambio, no es tan exigente. Suele preguntar la procedencia de lo que come —dato este que indica una cierta vulgaridad gastronómica—. Una de sus tías —a la que he oído llamar Belle Famélique por su insaciable gula— tiene debilidad por las uñas, y da grititos de placer cuando descubre en la cazuela un dedo que conserva adherida su uña correspondiente».

(...)

«Tenemos repleto de carne fresca el refrigerador. El cuerpo decapitado de una joven prostituta de Saint Lazare, ajusticiada el miércoles pasado, nos pone a cubierto y en condiciones de ofrecer a nuestra clientela una variada gama de platos de primera clase. A tal efecto, monsieur Robespierre ha reservado ya el hígado para el diplomático inglés que tanto gusta de esta víscera, y a quien ha avisado telefónicamente, utilizando la contraseña convenida. Este gentleman, de maneras elegantes, distinguido y poco comunicativo con los habituales del comedor, es, sin embargo, un gourmet de singular categoría. Suele inspeccionar concienzudamente todo lo que come e incluso gusta de sugerir condimentos para una salsa, cómo hacer una buena parrilla o emplear mantequillas y especias orientales para dar mayor jugosidad a la carne.

»Siempre que viene al restaurante, pasa a saludarme a la cocina, y suele decirme:

—Fraulein Shwarzt, sus manos son delicadas: no las use en guisar cualquier cosa sin importancia.

»El hígado de la joven guillotinada en Saint Lazare, sonrosado y tierno, hará sin duda las delicias de este diplomático inglés que nos visita hace ya unos años, desde la inauguración de nuestro comedor».

(...)

«Anoche, a causa de un error involuntario, entró en el comedor una pareja de enamorados, que ocupó el velador del fondo, en una grata penumbra. Tal vez sea oportuno explicar que, pese a tantas precauciones y limpieza como observamos, la carne humana despide un olor muy penetrante, difícil de eliminar. Lo que para nuestros clientes resulta por demás agradable, no lo es para quienes no están acostumbrados.

»A poco de sentarse, el joven llamó a monsieur Robespierre, al que interrogó acerca del olor tan fuerte que salía de la cocina, donde yo preparaba en esos momentos unos filetes de nalga a la plancha. La contestación de monsieur Robespierre produjo en principio un ataque de hilaridad a la pareja. Ambos jóvenes recriminaron al maitre su macabro sentido del humor, pero monsieur Robespierre, serio y comedido como siempre, dio cumplida información de nuestras especialidades culinarias, esperando que ellos eligieran de entre el menú que recitaba lo que más les agradase para la cena.

»Afortunadamente, los enamorados optaron por abandonar precipitadamente el comedor, creyéndose víctimas de una pesada broma, de un maitre loco.

—La juventud, ya se sabe... —comentó en voz alta madame S., testigo del incidente.

»Asintieron los Mousil y monsieur Robespierre se refugió en la cocina, sin acabar de entender lo sucedido».

(...)

«Hay ocasiones en que la incomprensión de un solo cliente es suficiente para amargarnos la vida. El

juz Baumont organizó anoche un pequeño escándalo a causa de la cuenta que le presentó monsieur Robespierre. La ración de ojos al ajillo que tomó de aperitivo mientras terminaba de hacerse su guiso de costillas, le pareció excesivamente cara: 500 francos. Monsieur Robespierre, sin perder la calma, tuvo la gentileza de contarle las peripecias superadas hasta hacerse con media docena de ojos en buen estado, que había encargado nada menos que en la morgue de Lyon: sólo el transporte a París le había supuesto 350 francos.

»El juez, un tanto abrumado por estas explicaciones, repasaba una y otra vez la cuenta, buscando una equivocación que le permitiera salir airoso de la situación que su desconfianza había originado. Alguno de los comensales presentes salió incluso en defensa de monsieur Robespierre, que, como si comprendiera la delicada postura del juez, tomó la cuenta y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Le ruego acepte mis disculpas, señor: hay, en efecto, un error.

—¿Cuándo cree usted que podré repetir mi plato favorito? —preguntó al despedirse el juez Baumont, refiriéndose a los ojos que tanto le gustan.

»Monsieur Robespierre sonrió complacido».

(...)

«El otro día se presentó inesperadamente la Belle Famélique, sola y muy alterada, tanto que ni siquiera advirtió que los manteles aún no estaban dispuestos para la cena.

»Se sentó en su lugar habitual y vi que se enjugaba disimuladamente una lágrima.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó cortésmente monsieur Robespierre.

»La Belle Famélique, entonces prorrumpió en sollozos de forma incontenible. Había muerto su hermana Eva.

»Después de consolarla afectuosamente, oí que monsieur Robespierre preguntaba de nuevo:

—¿Han decidido ya qué hacer con ella?

—¡Oh, sí! ¡Esperamos que usted se ocupe de todo! ¡Nos merece tanta confianza!

»Monsieur Robespierre dijo entonces que él se ocuparía de todo. Y al anochecer, ya estaba en la puerta el tílburi de René, con el cadáver de Eva dentro, acompañada del matrimonio Mousil.

»La comida quedó fijada para el sábado».

(...)

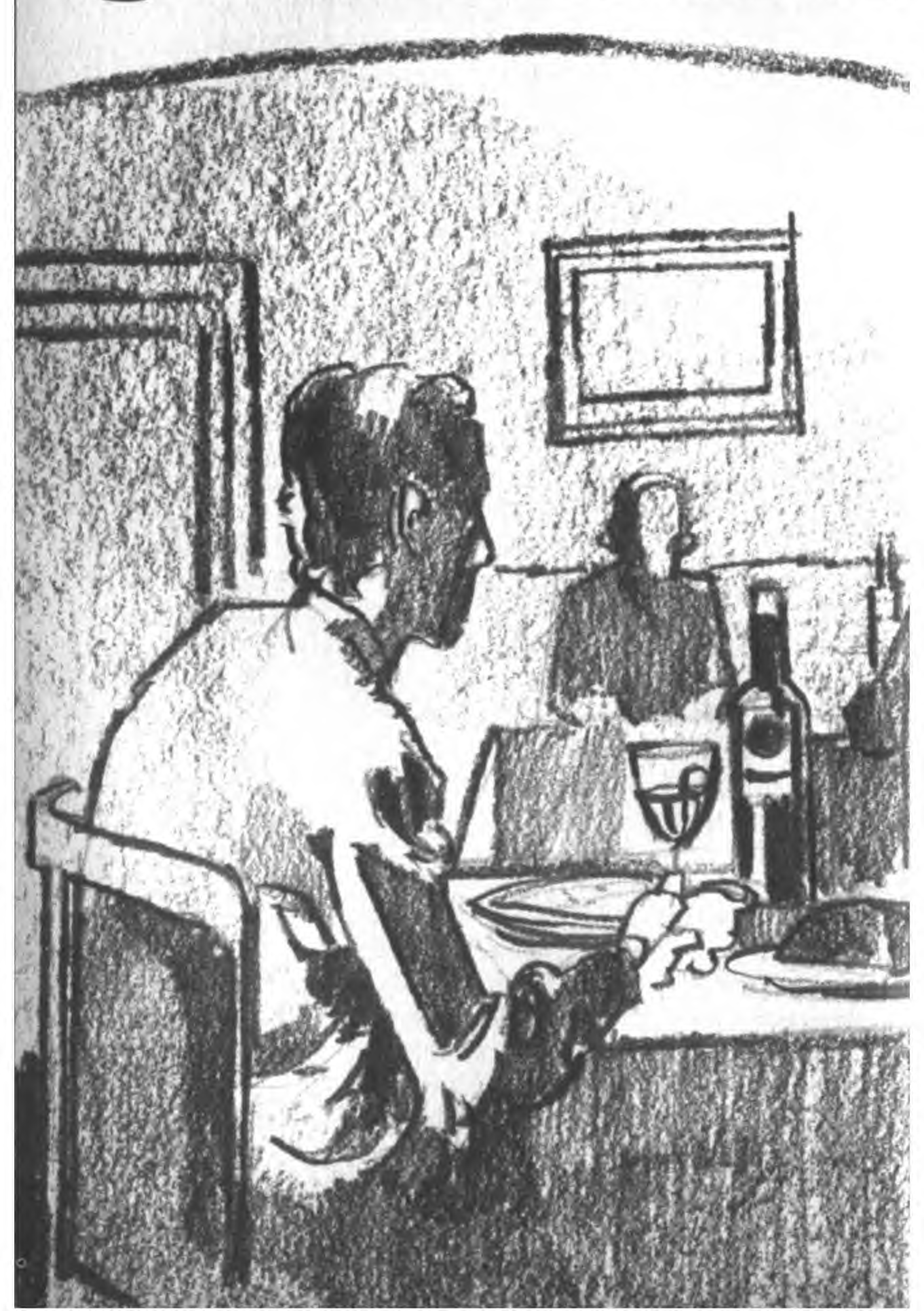
«Los Meusil han celebrado con todos los honores la comida de su querida Eva. Para ocasión de tan especial significado, monsieur Robespierre puso en juego todo su arte de extraordinario chef, realizando un total de doce platos diferentes de carne, celebrados con lágrimas —de gratitud también— por los deudos de la pobre Eva, cuya cabeza perfumada presidía la mesa en una fuente de plata, rodeada de flores amarillas y blancas.

»A los postres, los Mousil tuvieron la amabilidad de invitarnos a brindar con ellos por el recuerdo de Eva. La Belle Famélique dijo que estaba segura de que su hermana se sentiría feliz si hubiera conocido el convite celebrado con su cuerpo, y añadió que nada le gustaría tanto como recibir un día idéntico homenaje.

Hasta aquí algunas de las páginas traducidas del manuscrito de fräulein Anna Shwarzt, que corresponden a un periodo concreto de su diario. Quedan otras por revisar, pero no sé hasta qué punto pueden interesar estas referencias íntimas de una cocinera. En todo caso, dejemos a los editores de la serie que tomen la decisión más conveniente.



El hombre de la gabardina blanca

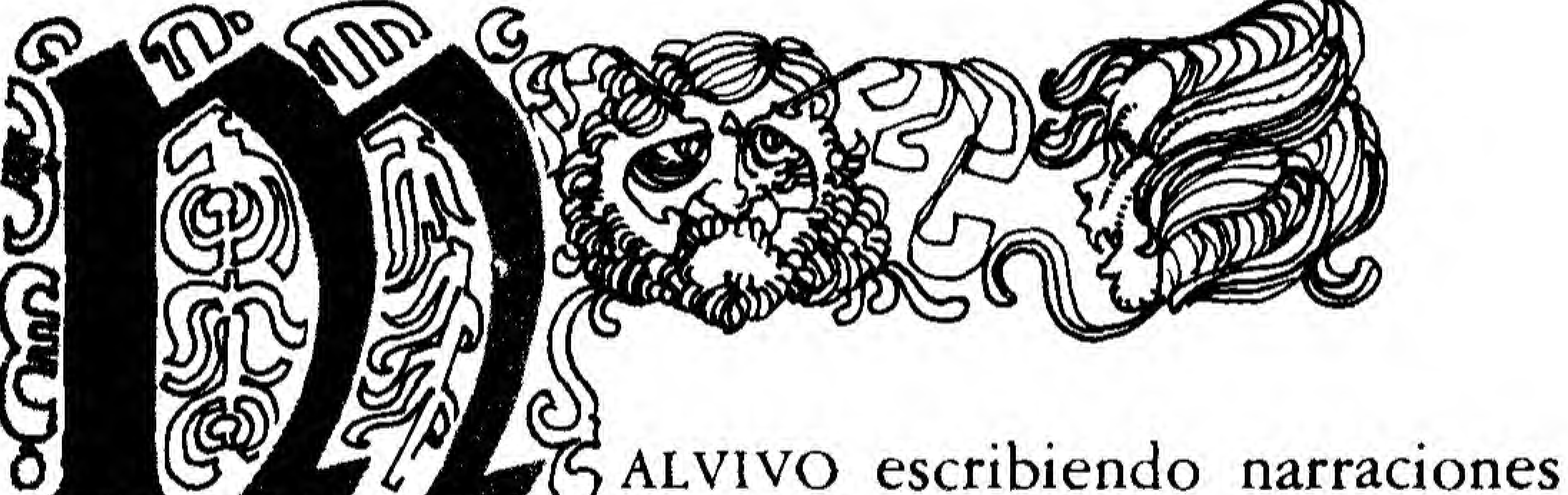




El hombre de la gabardina blanca

José Luis Velasco

¿Cuál es el origen y del destino de ese hombre, de ropa ajada, pero limpia, de rostro enjuto y de dramática palidez, que cualquiera de nosotros puede encontrarse vagando por las calles de una ciudad?



ALVIVO escribiendo narraciones encuadradas en el género que se ha dado en llamar de *misterio* o *terror,* una especialidad de la literatura que la mayoría de los críticos relegan a un periférico segundo plano francamente ominoso; lo mismo les ocurre a toda esa necia caterva de profesores, académicos y diversas gentes de bien, que son capaces de aburrirse solemnemente entre las páginas de una novela social, o provista de connotaciones políticas, o incluso filosóficas (mamotretos torturantes que empiezan en nada para conducir a nada), mientras desconocen o, como máximo, han oído nombrar vagamente a los gloriosos genios de este siglo que, por aplicarse a especialidades como el terror o el relato policial, son considerados por estas peronas como profesionales de segunda fila, evidenciando con ello su docta desinformación o su estupidez. Ciudadanos decentes que toleran a Poe porque mereció las alabanzas de Baudelaire, pero que son incapaces de atrapar todo el sentido del conocimiento que nos depara sobre el *misterio* el desgraciado escritor de Baltimore.

Ocupo un piso viejo de la calle de Moratín provisto del mobiliario imprescindible, cuyos pasillos y habitaciones de techos altos crujen por todas partes en la noche como si estuviesen poblados de siniestros espíritus. Como en dos o tres restaurantes próximos a Antón Martín, establecimientos baratos que reunen a una clientela heterogénea, donde se mezclan los pensionistas solitarios, administrativos grisáceos, gente de paso y obreros de la construcción procedentes de obras cercanas. Puedes comer bien si tienes dinero, aunque cuando los tiempos son malos, también es posible organizar un menú nada brillante, pero capaz de satisfacer tus necesidades elementales.

Los editores de la revista donde publico mis narraciones me han pedido que les lleve cosas menos flagrantemente terroríficas, menos provistas de monstruos, espíritus errantes o gargantas ensangrentadas. Prefieren un tipo de cuentos en los que el espanto se produzca a través de situaciones extrañas o misteriosas, de relaciones insólitas e imprevistas que conduzcan a un final sorprendente capaz de dejar en suspenso al atónito lector. Precisamente es uno de los procedimientos que más quebraderos de cabeza me producen; donde mejor hay que medir el ritmo, las palabras y el tono general de la historia, aparte de resolver la primera y más enojosa dificultad: encontrar una buena idea.

Hace pocos días, mientras me tomaba una paella en el restaurante Sanabria, entró en el comedor un hombre acabado, con la ropa muy gastada, pero limpia, cuyo rostro enjuto, de mejillas chupadas y pómulos agudos, mostraba una dramática palidez amarillenta que le proporcionaba la apariencia de un cadáver viviente. Debía atravesar una situación desesperada: su aspecto frágil, sus movimientos lentos y agotados, y una fisonomía encorbada que parecía no soportar su propio peso, evidenciaban esa debilidad suma que se hace crónica cuando una alimentación precaria se prolonga durante mucho tiempo. Y, sobre

todo, corroboraba claramente su mal momento el exiguo menú que encargó al camarero: un huevo frito con lechuga, pan y una jarra de agua corriente. Le estuve observando durante toda la comida y, entre los detalles lamentables que he descrito, me impresionaron particularmente su extremada palidez cerúlea y su mirada perdida en el plato, donde la miseria se concretaba en el solitario huevo, que ingirió con desesperante lentitud.

La alusión aquí a este hombre sólo tiene un motivo que la justifique. Su aspecto cadavérico, tras diversas asociaciones de ideas, me condujo, por la tarde, a entrever un posible tema para la narración que debo entregar dentro de tres días en la editorial. Tan sólo es una pregunta con posibilidades a la que, por ahora, le falta todo: un argumento, un escenario, unos personajes y unas situaciones. Anoto esta pregunta para que ustedes me sigan con comodidad: *Un resucitado, ¿puede volver a morir otra vez?*

* * *

Naturalmente, estamos en el terreno de la ficción. En principio, ya se sabe, nadie resucita, y tampoco se pueden tomar en consideración esos casos de los que la prensa nos depara noticias con cierta frecuencia: el cadáver, ante el espanto de los asistentes al velatorio, se incorpora en el ataúd y pide, pongamos por caso, algo de comer. Se trata de individuos que no habían muerto realmente, pero que permiten, desde luego, articular temas aceptables para una narración de terror, sobre todo si incidimos en ese misterioso lapso de tiempo en el que, incluso la medicina, les ha considerado científicamente muertos. ¿Qué les ocurrió durante ese periodo? Pero no es este el caso, sino la pregunta ya apuntada, que me llamó la atención deparándome la intuición de que, a partir de ahí, podría desarrollarse un buen tema de misterio.

Por la tarde intenté trabajar en casa sobre esta idea, pero el frío intensísimo que ha dejado heladas las calles de Madrid en este invierno detestable, la oscuri-

dad sombría que cubre mi piso apenas la tarde comienza su declive y la circunstancia desafortunada de averiarse la estufa eléctrica, haciendo insoportable cualquier intento de trabajar en aquel ambiente gélido, no me han dejado otra alternativa que meterme en la cama para sumirme en una siesta profunda y caliente de la que no me he despertado hasta la hora de cenar.

Por la noche, con las solapas del abrigo subidas y la bufanda cruzada sobre la boca, me acerqué hasta Moncloa con la esperanza de que las circunstancias fuesen buenas y ella estuviera en casa y no tuviera ninguna otra cosa prevista y la encontrase en un momento apropiado para no tener que forzar demasiado las cosas a fin de quedarme en su cama aquella noche fría y, sobre todo, odiosa. Una de esas noches de invierno en que las farolas se ven rodeadas por un halo de niebla y la gente solitaria camina deprisa por las aceras no se sabe a dónde, emitiendo por las narices nubecitas de vaho congelado. Cuando la soledad y el desarraigo te castigan tan fuerte, que incluso te reconvienes a ti mismo, te recriminas por no haber optado, como todo el mundo, por casarte a tiempo, por un empleo seguro en alguna de las infinitas oficinas que se cobijan en millones de pisos de cualquier parte o en los suntuosos edificios ministeriales. A fin de no verte arrojado por las avenidas, justamente como un perro errabundo, merodeando cariños difíciles por Moncloa a las doce de la noche.

Ella no estaba, o no me abrió, o el portero automático estaba averiado, lo cierto es que yo no era como un perro errabundo, por lo menos tenía un piso helado y crujiente, y no me veía en la necesidad de olfatear las bolsas de basura distanciando al máximo el momento de enroscarse en cualquier rincón de la ciudad bajo un cielo maldito que arrojaba sobre Madrid una temperatura de siete grados bajo cero.

Comprobé este dato en el termómetro exterior de una farmacia de Princesa, y después, casi inmediatamente, al cruzar frente a la luz amarilla del Café Uni-

versitario, ya casi desierto, tomándose una caña al fondo de la barra solitaria, *le vi a él.*

Era un tipo alto con el pelo lacio, delgado y nervudo, que se cubría con una gabardina blanca muy sucia y, apartado del resto de los clientes, se tomaba despacio una cerveza, absorto en cualquier cosa, como todos los bebedores solitarios de la madrugada. Un sujeto que, por lo intenso de su catadura general, no sólo me llamó la atención de un modo yo diría que terrorífico, sino que me produjo un violento sobresalto, como si, de pronto, hubiese visto por sorpresa a un personaje abominable presentido desde hacía siglos, un individuo en cuya fisonomía se albergase el horror, sin que, por otra parte, se advirtiese en su físico ningún dato evidente provocador de tal sensación. Salvo su intensa palidez violácea, salvo su mirada ausente en la que, más que el cansancio, se reflejaba el hastío. Todo sucedió en unos segundos: algo parecido a un puñetazo.

Seguí caminando hasta la boca del metro, justo es decirlo, sobrecogido, intentando analizar el por qué de una sensación tan súbita y tan intensa producida tan sólo por la visión fugaz de un hombre pálido y alto cubierto por una gabardina blanca.

Dormí mal, no sólo porque el frío de la casa era tan intenso que ni siquiera cuatro mantas llegaban a proporcionar la temperatura óptima para que se produjese un sueño tranquilo; no sólo por los crujidos que se producían en el pasillo y en las habitaciones del fondo, que resonaban siniestramente en aquella casa desprovista de muebles, sino porque, en un sueño inquieto, persistió durante toda la noche la imagen del hombre de la gabardina blanca, entrevisto en la duermevela del alba como un sujeto errante en las calles invernales sobresaliendo por su altura de la muchedumbre.

Me desperté ojeroso y débil, con la sensación estragante de llevar una detestable existencia vacía, acentuada por el malhumor y el desasosiego que produce el hecho de tener un trabajo pendiente que ni

siquiera has comenzado, cuando el tiempo apremia y, por otra parte, casi te produce náuseas empezar una tarea que ya no te interesa. En efecto, la idea que me proporcionó el día anterior el cliente famélico del restaurante había perdido todo su sentido durante la noche y, lo que es más grave, no tenía ninguna otra de respuesta.

El piso, desde el amanecer, estaba transido por las sombras; el cielo acerado amenazaba nieve, y la desolación de aquella casa inhóspita me impulsaron a salir rápidamente a la calle, casi hostilmente resignado a renunciar a las diez mil pesetas que me podía proporcionar la narración que debía entregar al día siguiente. Antes de salir tenía, sin embargo, que argumentarme a mí mismo un motivo para dejar el piso y cualquier tentativa de trabajar. Toda la gente que yo conocía estaba ocupada a aquellas horas, de modo que la necesidad de salir se concretó, aparte de desayunar, en dirigirme a los Grandes Almacenes a fin de comprar folios. Podía hacerme con ellos en cualquier papelería o estanco más cercanos, pero era necesario alargar el tiempo lo suficiente para que llegase la hora de comer.

Los Grandes Almacenes son un buen lugar para la gente más o menos errabunda en las mañanas frías de invierno. Allí se está caliente, subes y bajas por las escaleras mecánicas sin que nadie deduzca que eres un tipo ocioso y tienes montones de cosas para mirar.

Estuve casi una hora en el establecimiento, en gran parte consumida en la sección de librería; compré los folios y me decidía a marcharme cuando un impacto ardiente sobre el estómago me produjo un inmovilizante escalofrío. Sobresaliendo por encima del público que merodeaba en torno a las vitrinas de la pastelería, *le vi de nuevo,* con su palidez violácea, su mugrienta gabardina blanca y la mirada perdida entre el murmullo de la gente. Estaba frente a las enormes estanterías giratorias que mostraban al público relucientes hileras de bollos y pasteles recién hechos, absolutamente concentrado en la brillante mercancía

móvil, situado en un lugar próximo a una pared que, por hacer un entrante, le ocultaba a casi todo el mundo.

No pude resistir la tentación de espiarle. Agazapado tras un mueble lleno de montones de lencería de ocasión, estuve observándole con atención, escrutando sus gestos más huidizos, incluso decidido a seguirle, cuando abandonase el local. El hombre permanecía inmóvil, y a la luz de los fluorescentes, su palidez mortal adquiría una impresionante tonalidad amoratada. Su piel parecía tener antiguas marcas de viruela o algo semejante que, a la distancia en que yo estaba, no podía apreciar con nitidez. Su figura alta y aislada en aquel ambiente lleno de animación, seguía produciéndome la misma sensación que cuando le vi la noche anterior; algo semejante a un sobresalto sostenido, como si aquel tipo emanase una insidiosa aura de oscuros misterios, de terrores antiguos.

Observé, que desde su lugar semioculto, sin mover apenas la cabeza, dirigía de vez en vez miradas furtivas hacia todas partes. Y de pronto, con un movimiento que no fue rápido, sino más bien pausado, pero preciso, tomó un pastel de la vitrina y se lo guardó en uno de los bolsillos de su gabardina. Ejecutó esta operación con toda naturalidad, y después, durante unos instantes, aún permaneció allí fingiendo observar la espléndida repostería. Luego se dirigió directamente hacia la salida.

Le seguí apenas a diez metros de distancia por el segundo tramo de Preciados, mientras bajaba hacia Santo Domingo. El acecho no resultaba difícil; su aspecto del todo singular y su estatura, hacían muy poco probable que se perdiera entre la multitud. Cuando llegó a Santo Domingo se introdujo por las viejas arterias que conducen hacia Arenal y dobló tres o cuatro esquinas, probablemente buscando alguna callejuela solitaria. En efecto, cuando penetró en una calle estrecha, con edificios antiguos de tres o cuatro plantas, sacó la mano derecha del bolsillo de la garbardina, provista del pastel, y, sin alterar el ritmo

de sus pasos, lo engulló de unos pocos bocados ansiosos. Sólo estábamos nosotros en aquel lugar y hacía un frío terrible. Había comenzado a caer una especie de agua nieve helada que, impulsada por un viento gélido encajonado en el angosto callejón, te ponía en la urgente necesidad de buscar refugio en cualquier sitio caliente. En la acera de enfrente, veinte metros más abajo de donde yo me encontraba, vi una taberna. Resultaba imperioso meterse allí y, ante la perspectiva de que aquel hombre se me escapase, accediendo a uno de esos impulsos que raramente se producen, como quien se lanza al vacío tras una resolución que no tiene marcha atrás, di tres o cuatro zancadas rápidas y me puse a la altura del hombre. Le dije lo primero que se me ocurrió:

—¡Eh, oiga! ¡Le he visto! Le he visto coger el pastel en los Grandes Almacenes... A mí no me importa; le invito a tomar una cerveza en esa taberna. Tengo que hablar con usted.

El tipo siguió andando; ni siquiera pareció haberme oído. Tan sólo después de haber avanzado unos cuantos pasos giró levemente la cabeza y me miró. Entonces deduje que yo era un ciudadano sin miedo, porque aquellos ojos que miraban y no miraban (sí, apuntaban a mis pupilas, pero la mirada parecía traspasar mi cerebro para seguir, incierta, hasta más allá de todo), aquellos ojos, digo, de los que no se deducía nada humano, resultaban espantosos. No eran fríos o inexpresivos, al contrario; lo peor es que mostraban una devastadora indiferencia. Luego volvió a mirar al frente, sin contestar nada y, reponiéndome de aquella impresión, insistí:

—Le invito a tomar algo; quiero hablar con usted... Soy, soy escritor... Aquí nos helamos.

Entonces el hombre se detuvo, justamente cuando habíamos llegado frente a la puerta de la taberna y, sin decir nada, cruzó la calle y se dirigió hacia ella. Era un local antiguo, con el mostrador de zinc y un historiado grifo para la cerveza. Estaba caliente y lleno de tipos que parecían camioneros o algo por el

estilo. Había mucho humo y poca luz, pero, de todos modos, se trataba de algo bueno de verdad cuando entrabas desde el infierno polar de la calle. La gente nos miró al entrar, especialmente *a él,* y muchos de los clientes no le quitaron el ojo de encima en todo el tiempo que estuvimos allí.

—¿Qué va a tomar? —le dije.

—Vino —articuló por fin mirando no se sabe a dónde, como si le produjera un enorme hastío hablar, como si estuviese a disgusto; advirtiéndose en toda su presencia, sin embargo, como una especie de lejana disponibilidad a mi vaga propuesta de «hablar». Su voz era grave, pero no muy intensa, provista de un inconcreto acento extranjero.

—Dos vinos —le dije al encargado de la barra—, y pónganos unas raciones de tortilla, ¿le parece?

El hombre de la gabardina asintió apenas con la cabeza, y entonces, con aquel ser indescifrable y hermético a escasos centímetros de mí, me vi en la obligación, lógicamente, de «hablar». Es cierto, estaba completamente azorado, sobresaltado diría yo, y la presencia cercana de aquel sujeto me producía un incontrolable temblor de piernas. A estas alturas ya había advertido que mi acompañante desprendía un raro olor indefinible, algo semejante al tufo a siglos y muerte que despiden los arcones de algunas viejas, donde se guardan ropas apolilladas que no se usan desde hace generaciones; quizás olor a crisantemo. Su piel no estaba picada de viruela, como creí advertir en los Grandes Almacenes, sino que aparecía manchada por pequeñas tumefacciones amoratadas, como si se tratase de un hipotético sarpullido de hematomas. Sobre la marcha, mientras el hombre de la barra nos ponía los vinos y la tortilla, intenté organizar mentalmente el argumento que me excusase ante mi invitado de haberle llevado hasta la taberna de forma tan extemporánea.

—Ayer le vi a usted en el Café Universitario, en Moncloa... Pasaba por delante del bar y le descubrí al fondo de la barra tomándose una cerveza. Bueno, no

quiero molestarle, pero al verle... bien, sí, me dio... miedo. Es una tontería, lo reconozco... Pero, no sé; su figura me produjo una inexplicable conmoción nada más verle... Hoy le he vuelto a encontrar en los Grandes Almacenes... Me ha ocurrido lo mismo... No sé si se trata de... Bien, quiero ser sincero, de una especie de repulsión o... de todo lo contrario: una morbosa atracción que no puedo explicar.

Dejé de hablar para que él dijese algo, para que me ayudase a construir una conversación que yo estaba manteniendo a solas ante la indiferencia de mi interlocutor. Y quizás «indiferencia» no sea la palabra justa: el tipo, mientras yo hablaba, parecía no escucharme, incluso miraba a otras partes del establecimiento haciendo caso omiso de mi presencia. De modo que tuve que seguir.

—He querido hablar con usted por la sencilla razón de poder tenerle cerca... Perdóneme; quería, digamos, estudiarle a escasa distancia, saber por qué me ha producido esa terrible sorpresa... Bueno, yo soy escritor... Es una forma de hablar; mejor sería decir que escribo... Coloco lo que puedo en algunas revistas. Mi especialidad son las narraciones de misterio y horror... Por eso he querido hablar con usted... No se moleste, pero creí que podría darme motivo para algún tema...

Durante un instante el hombre me miró directamente, un segundo tan sólo, y, por primera vez, creí advertir un vago interés, desde luego, mínimo y distante, por lo que yo decía. El ambiente del local se estaba haciendo cada vez más sofocante, pese al frío que reinaba fuera. Tampoco dijo nada.

—Ayer vi a cierto hombre en un restaurante, un tipo anémico y pálido que parecía un cadáver capaz de andar por el mundo. Me sugirió una pregunta: los resucitados, ¿vuelven a morir?, que, al principio, creí que podía servir de germen para alguna idea. Pero es una pregunta tan sólo, que no veo la forma de desarrollar de un modo interesante o coherente... La he abandonado. Por la noche le descubrí a usted y ol-

vidé ese tema. Pero a ese impacto, yo diría que estremecedor, que usted me ha producido, tampoco le veo salida para una narración...

No habia más remedio que hacerle alguna pregunta directa si yo quería que hablase. Pero había logrado algo: ahora me miraba, escuchaba mis palabras y sus ojos parecían, por fin, haberse centrado en mi persona.

—¿Usted, ¿vive aquí?

Tomó un sorbo de vino; ya había consumido la tortilla.

—En cualquier parte —dijo tan sólo, y deduje que esa frase era la respuesta resumida a mi pregunta; es decir, una síntesis de «no, no vivo aquí; vivo en cualquier parte». Aunque también se podía interpretar como «sí, vivo en cualquier parte de esta ciudad, no tengo casa o domicilio fijo». Después volvió a su mutismo.

—En fin, eso es todo —opté por decir, en cierto modo convencido de que aquella conversación no tenía salida alguna, cuando, a pesar de la proximidad convulsionante de aquel individuo durante un buen rato, aún no había logrado dominar mis nervios y el temblor de piernas tal vez iba en aumento. Hubo, pues, un largo silencio, esa clase de denso mutismo durante el cual dos interlocutores, pese a sus esfuerzos, comprueban que no tienen absolutamente nada que decirse y una opresiva tensión se establece en la tierra de nadie que los separa. Momento que desemboca, inevitablemente, en alguna frase suelta dicha al azar para llenar el vacío y en una despedida entrecortada. El hombre de la gabardina blanca parecía ser ajeno a estas zozobras; no le importaba nada aquel silencio, pero había terminado su vino y, pese a que los indicios no eran flagrantes, parecía que, de un momento a otro, iba a marcharse. De pronto, cuando, en efecto, ya se iba, habló otra vez.

—Se repite... —dijo—. Edgar Allan Poe me retuvo para decirme lo mismo en una taberna de Richmond. Después no escribió nada sobre *ese* tema.

—¿Qué tema? —le pregunté casi mareado por una revelación como aquella (¡conversación *de él* con Edgar Allan Poe, hacía más de siglo y medio!). Y, mientras abría la puerta y un cuchillo de aire helado penetraba en la taberna, respondió abstraído.

—Los resucitados no vuelven a morir.

Me quedé aterrado. El había salido ya a la calle y el viento cortante agitaba su pelo lacio. Le seguí, notando que incluso me temblaban sin control las manos. Una ráfaga helada me azotó el rostro. Corrí calle abajo hasta alcanzarle. Tenía que hacerle una pregunta directa, quería una respuesta que, de pronto, había intuído, espeluznante y terrible.

—¡Espere, por favor! ¿Quién es usted?

El tipo me miró a la cara, creo, no estoy seguro, con una extraña mezcla de desprecio y conmiseración.

—Lázaro; Lázaro de Betania. Ahora déjeme en paz.

Caí desmayado.


BR

Buen viaje, mi amor



Buen viaje, mi amor

Diego Jimeno

Creció pálida y marchita... como si los pitidos de los trenes nocturnos le hubiesen ido moldeando el alma. Quizá nunca debió llamarse Olvido, tal vez su nombre debió ser Esperanza. ¿Olvido? ¿Esperanza?



SE pasaba las horas muertas contemplando los trenes desde la ventana de su habitación.

—¿Qué hace esa chica todo el día asomada a la ventana? —preguntaba su padre.

—Mira pasar los trenes —respondía la madre—. Pobrecilla, comprende que es un verdadero castigo ser la hija de un jefe de estación y verse anclada en tierra. Debe de ser algo así lo que experimenta la hija del farero cuando todos los barcos la saludan tocando la sirena y lanzando penachos de humo blanco al cielo.

—Seguramente —corroboró el padre—, y es probable que aquí pase lo mismo. Quizá le haya dado por pensar que vive en un fanal, que los trenes son barcos que se alejan silbando y que el humo de las locomotoras procede de las chimeneas de fugaces navíos.

—Acaso —concluía la madre deseando resultar conciliadora.

—De todas formas convendrá conmigo en que no fue una idea muy acertada bautizarla con el nombre de Olvido —afirmó el jefe de estación. Las muchachas que se llaman así son propensas a la melancolía y

a una cierta tristeza. Imagínate viviendo además en éste que podríamos considerar puerto de trenes.

—Eso ya no tiene remedio —repuso la madre entristecida—. Aprendí bien tarde que los caracteres pueden verse influenciados por el nombre que tienen las personas, por eso a nuestro hijo le pusimos Félix, para que nunca se sintiera desgraciado —sollozó la mujer.

—No puedo entretenerme más —manifestó el jefe consultando su reloj de bolsillo y cotejándolo con el de la estación—. Está a punto de entrar en agujas el expreso del Norte. —Y adoptando un aire solemne, como conviene a quien dirige tráfico tan complicado y es responsable de la seguridad de cientos de personas, se alejó hacia su puesto de mando.

¿Quién sabe si a mi hija le gustaría ser jefe de estación? —reflexionaba el padre—. Aunque más bien preferiría trabajar de revisor o quizá de maquinista. Y cuando ya cerca de las tres de la madrugada se escuchaba el silbido prolongado del mercancías de los miércoles, el padre comprobaba desazonado cómo se abría la ventana del dormitorio de Olvido y ésta —sin preocuparse siquiera de echarse un chal sobre los hombros— se asomaba para contemplar el cachazudo paso del tren de carga.

Ya desde pequeñita se había manifestado en ella aquel singular rasgo de su carácter.

—Olvido —llamaba su madre temiendo que la niña descendiera a las vías y fuera arrollada por algún velocísimo expreso—. Y la encontraba sentada en uno de los bancos de piedra al final del andén contemplando los raíles con aire ausente—. Olvido, nena —repetía intentando no dejar traslucir su inquietud—. ¿Te pasa algo?

—Nada, mamá —respondía la niña sin apartar la vista de las vías.

—¿Qué quieres comer hoy?

—Tortilla y un filete empanado —declaraba la pequeña suponiendo que era aquello lo que los viajeros comían en los vagones de tercera.

—¿Otra vez? —preguntaba la madre preocupada.

—¿Qué quieres que te traigan los reyes, Olvido? —preguntaba solícito su padre al acercarse el seis de enero.

—Un tren eléctrico —respondía ella sin vacilar.

—¿Para qué quieres que sea eléctrico si en la estación no tenemos corriente? —inquiría su progenitor.

—No seas curioso, Samuel —protestaba la madre temiendo alguna respuesta demasiado solemne por parte de la niña—. Para algo lo querrá. ¿A ti qué más te da?

Y la tristeza de Olvido se hizo mayor cuando su hermano Félix falleció una oscura noche de diciembre y al día siguiente su consumido cuerpo fue cargado en el furgón de cola de un tren de mercancías, porque, por no haber, no había ni cementerio en las proximidades de la aislada estación.

—¿Por qué hemos de condenar a esta criatura a una soledad tan perfecta? —se quejaba la madre viendo crecer a la niña pálida y marchita como si los pitidos de los trenes nocturnos le fueran devorando el alma igual que noctívagos vampiros.

—Terminará por acostumbrarse —repetía el padre—. Al fin y al cabo cada dos o tres horas contempla a cientos de personas.

—Eso es igual que contemplar escaparates o maniquíes móviles detrás de acristaladas vitrinas. Jamás oye sus voces.

—A mí me pasa igual.

—Tú eres un hombre —declaraba la madre dejándose abrazar por el jefe—. Y es distinto. Y yo ya era mayor cuando te designaro a esta estación. No me causó tristeza, porque así estaba segura de que jamás te alejarías de mí con la excusa de hacer horas extraordinarias, pero la niña... —se lamentaba.

Y la niña creció delgada y pálida contemplando el incesante paso de los trenes en los que se iban yendo pedazos de su alma hacia parajes desconocidos que quizás anhelaba contemplar.

Una tarde, Olvido vio a través de los cristales de

una ventanilla a un apuesto revisor, y al instante quedó prendada de él. Su apostura y gallardía eran tales, el uniforme le favorecía tanto y la gorra daba tal aire de solemnidad a su rostro que al instante comprendió que aquel era el hombre de su vida.

Nada dijo a sus padres, pero desde enontces, y como el revisor se conoce que no tenía puesto fijo, se dedicó todavía con más intensidad a la contemplación de todos los convoyes esperando ver a su amado y temiendo que si faltaba a la cita con alguno de los trenes fuera en aquel precisamente en el que el revisor viajaba.

Desde aquel día su carácter se volvió más abierto y sus mejillas florecieron como no lo habían hecho nunca, pero, si por casualidad el revisor no estaba en servicio, no había quien la aguantara y como no manifestaba la causa de su estado de ánimo, sus padres hacían cábalas sospechando que aquel profundo aislamiento era el motivo de su inexplicable tristeza.

—Deberías pedir el traslado, querido —señalaba la madre cuando, entre tren y tren, su marido descansaba en el lecho.

—Tú no lo comprendes —aducía el jefe—. Este es un puesto de mucha responsabilidad, y yo ya me conozco las triquiñuelas y los retrasos de los trenes tan a la perfección como nadie podría hacerlo. Para controlar el tráfico de una estación ferroviaria es preciso estudiarse concienzudamente el horario de las demoras, de las previsibles y de las imprevistas, sumar estos conocimientos a los diferentes caracteres y maneras de ser de los distintos maquinistas, y obtener en consecuencia, olvidándose del horario oficial, una exacta visión global del tráfico que no puede adquirirse en absoluto acudiendo a los libros de texto, ni ser aprendida en academia alguna —explicaba el jefe con gran condescendencia, y añadía—: ¿Cómo quieres que abandone mi puesto que al instante sería ocupado por un bisoño atento solamente a los horarios oficiales y a los avatares más o menos previstos? El día

menos pensado se produciría una catástrofe, y yo me sentiría responsable.

—Pero la niña...

—Terminará por acostumbrarse —repetía él con insistencia machacona—. ¿No ves que últimamente está mucho más lozana y, aunque bien es verdad que no desatiende el paso de ningún tren, no adopta aquel aire de tristeza como antes solía? Yo sé lo que le pasa a esa criatura... —finalizaba el jefe con aire malicioso.

—¿Qué? —preguntaba la madre que a causa del aislamiento ya había olvidado los síntomas del amor.

—Que algún maquinista le ha hecho tilín —aseguraba el jefe.

—¿Será posible? —exclamaba la madre ilusionada.

* * *

Tal era la insistencia en la contemplación de su persona, que el propio revisor comenzó a darse cuenta de que aquella muchacha le miraba con ojos cariñosos, y cada vez que se acercaba el tren a la estación, entraba en el WC y se atusaba con coquetería el bigote, ajustándose el bien cortado uniforme y ladeándose ligeramente la gorra. Después, adoptando un aire marinero al andar, cosa a la que le obligaba la traqueteante marcha del tren, caminaba por un pasillo de primera clase y permanecía parado junto a una de las ventanillas, casi siempre la misma, donde le localizaba rápidamente la muchacha cuando el tren se detenía en la humilde estación.

Así, poco a poco, fue naciendo una intimidad muda entre los dos, hasta que un día, y debido a una oportuna avería en algún punto de la vía férrea, el tren en el que viajaba el revisor se vio obligado a permanecer cerca de media hora en la estación.

La mayoría de los viajeros, advertidos por el interventor, descendieron al andén improvisando así un paseo tan concurrido como el de la calle mayor de una ciudad de provincias en una mañana festiva.

Las parejas y los grupos de personas caminaban

charlando animadamente, y al llegar al final del muelle daban la vuelta y emprendían de nuevo el recorrido del andén.

Aprovechando tan feliz circunstancia, el revisor, saludando a su paso a los viajeros que le sonreían atentos como a la máxima autoridad del tren, se dirigió hacia la ventana donde estaba asomada Olvido, y desde abajo, le dio los buenos días, invitándola con mucho desparpajo a dar una vuelta por el andén.

La muchacha sintió que su corazón saltaba de alegría y, ni corta ni perezosa, pidió permiso a su madre, la cual se lo concedió gustosa, y acudió a la cita con el apuesto interventor.

Formando una pareja muy simpática, los dos jóvenes se unieron al tráfico de los paseantes y, nadie sabe acerca de qué hablaron, el caso es que, cuando el tren partió, una vez reparada la feliz avería, Olvido se había prometido con el revisor.

Desde aquel momento la muchacha cambió completamente, y ya no hacía caso de los insinuantes pitidos de los trenes que llegaban de noche hasta su lecho. Tan sólo atendía a determinado convoy, advertida el día anterior por su amado acerca del expreso en el que le correspondía prestar servicio.

A partir de aquel día, abundaron las ocasionales paradas y retrasos, siempre dentro de un orden, a fin de que la pareja pudiera pelar la pava convenientemente, y como los viajeros no se quejaban a la compañía porque los habituales y los de paseo encontraban aquella paradita y aquel pasearse por el andén algo delicioso, todo marchó a las mil maravillas. Incluso la madre, mitad por obtener unos ingresos extra, y mitad por complacer a los pasajeros, instaló un puesto de café y refrescos.

Así al cabo de varios meses de noviazgo, Anselmo, que tal era el nombre del interventor, y Olvido se casaron fijando su residencia, con gran alegría de sus padres, en la misma estación.

Como era de suponer, hicieron el viaje de novios en tren, y Olvido a pesar de la felicidad que la em-

bargaba, pudo comprobar que a lo largo de la línea, numerosas jóvenes, seguramente hijas como ella de jefes de estación, los contemplaban pasar con envidia.

Entonces, y aunque intentó con gran fuerza alejar semejantes pensamientos, comenzó a nacer en su alma la sospecha de que aquellas muchachas se habían sentido frustradas con el matrimonio de su revisor, al que seguramente consideraban también cosa propia y hasta le pareció percibir un furtivo saludo de su esposo a una de las más atrevidas, que osó aproximarse hasta la ventanilla del compartimento que ocupaban.

Una vez de regreso a la estación tras la purificadora correría, Olvido se dedicó con fruición a la decoración de las habitaciones en las que iba a instalar su hogar: plantó geranios bajo las ventanas y las ornamentó con visillos de encaje que ella misma se encargó de confeccionar.

Su marido, al tener que seguir trabajando, se pasaba gran parte del tiempo fuera de casa, y la mayoría de los días, Olvido tenía que limitarse a decirle adiós con la mano desde la ventana, y porque, una vez que se estabilizó la situación y la muchacha y el interventor constituyeron matrimonio, el jefe de estación consideró decoroso dejar de organizar citas entre ellos a base de pretextar retrasos y averías fingidas.

Cuando Anselmo tenía el día libre, el matrimonio se dedicaba a amarse y a pasear por las proximidades de la estación, pero no se le escapó a la reciente esposa, que el revisor parecía encontrar aquellas jornadas demasiado largas, y le daba la impresión de que su marido echaba algo de menos, y así se lo comunicó a su madre.

—Es natural, hijita —le respondía ésta—. Piensa que los ferroviarios son como los marinos. Se pasan la vida viajando, o como tu padre, vigilando desde una atalaya. Cualquier esposa de un hombre de mar sabe cuán alegremente regresa el marido al hogar a gozar de un merecido descanso, pero también ad-

vierte cómo a los pocos días el hombre comienza a tornarse melancólico, y eso es que echa de menos la inmensa extensión del mar y el incesante balanceo del buque —explicaba—. A tu esposo debe de pasarle lo mismo. Acostumbrado a ir de acá para allá y al traqueteo del tren, se siente inquieto y con deseos de embarcar. ¿No has visto cómo se balancea al andar igual que un marinero exagera en tierra aquel bamboleo necesario a bordo para contrarrestar el movimiento del navío? Eso es que tiene añoranza del ferrocarril, pero no has de preocuparte porque parta todos los días, sino sentirte gozosa, porque regresa tras cada viaje.

Uno de aquellos días en que Anselmo libraba y la pareja se dedicaba a pasear por los alrededores, Olvido vio algo extraño en los ojos de su esposo, una nostalgia de otras tierras o de otras personas.

—¿Qué tienes Anselmo? —le preguntó temiendo una respuesta sincera.

—Nada. ¿Qué quieres que tenga?

—¿Me quieres?

—¿Acaso no me he casado contigo? —respondía él de manera evasiva.

—Pero, ¿me quieres? —insistía Olvido procurando no dejar traslucir sus inquietudes.

—Que sí —afirmaba Anselmo cansinamente.

—¿En qué expreso pasarás mañana?

—No estoy muy seguro. Puede que en el 541, o quizás en el Lusitania Express.

—Antes lo sabías siempre con certeza.

—Antes era antes —respondía el revisor, como si aquella aseveración bastara para explicar lo inexplicable.

—¿Tienes nostalgia del inmenso mar de la llanura? —inquiría Olvido pertinaz en busca de su propia perdición.

—Necesito viajar, eso es todo.

—Me ha dicho mi madre que los ferroviarios sois un poco como los marinos —comentaba la joven—.

Que os gusta atracar en muchos puertos. Y, ya se sabe, en cada puerto...

—¡Qué tontería! —exclamó Anselmo poniendo demasiado énfasis en exonerarse de cualquier sospecha.

—Más vale así —comentó Olvido—, porque si algún día me entero de que prefieres a alguna otra hija de un jefe de estación, me vengaré de ti de la manera más terrible.

Cuando llegaron a casa estaban tan mohinos que, en lugar de sentarse en diván a contarse sus cosas, Olvido se puso a regar los geránios y Anselmo a descifrar un crucigrama.

Desde aquel día en que una terrible sospecha fue asentándose en su alma, Olvido no tuvo más remedio que salir de nuevo a la ventana a contemplar los trenes, porque su marido no sabía ya a ciencia cierta en cuál iba a pasar. Y cuando el expreso en el que prestaba servicio cruzaba fulminantemente la estación, la muchacha apenas si recibía un presuroso adiós de su marido, que parecía muy ajetreado picando los billetes de encopetadas damas de primera clase.

Olvido sabía que el 541 no paraba en su estación, porque no era lo suficientemente importante, y porque generalmente no subía nadie más que el correo, pero también sabía que de allí en adelante, el tren se detenía en la mayoría de las estaciones, y eso era lo que le preocupaba. Ultimamente había notado que Anselmo cuidaba más su bello bigote y se ladeaba la gorra jovialmente un punto a la derecha.

—Mira, Anselmo, que como me engañes no te lo perdonaré —dijo un día con tono conminatorio.

—Eso son imaginaciones tuyas —repuso el interventor ajustándose el bien cortado uniforme.

Y la muchacha comenzó a maquinar un plan para asegurarse de lo que por el momento sólo era una sospecha.

Cierto día en que el 541 llevaba unos minutos de adelanto, cosa bastante insólita, tuvo que detenerse en la estación para perder el tiempo. Los viajeros des-

cendieron como antaño al andén para estirar las piernas, y Olvido notó que algunos de los habituales de aquella línea la miraban con conmiseración y hacian comentarios en voz baja, emitiendo risitas.

Sin perder un instante, la joven, procurando no ser vista por nadie, rodeó el furgón de cola y penetró en el tren, que a los pocos minutos se puso en marcha.

Como no en balde era hija de ferroviario, se las pudo arreglar para viajar sin billete y esquivar al revisor, que era su propio esposo. Conocía, por habérselo oído contar a su padre, las mil formas de no ser vista por el interventor, y de esta manera, logró vigilar a Anselmo sin que él lo advirtiera.

Sus temores resultaron fundados. En varias de las paradas, bellas y más lozanas hijas de jefes de estación se asomaban a las ventanas de su dormitorio y hacían señas al apuesto revisor, el cual, ajeno a la presencia de Olvido en el convoy, les lanzaba requiebros y les guiñaba el ojo al tiempo que, coquetonamente, se atusaba el bigote. Incluso, en más de una ocasión, llegó a timarse con alguna elegante pasajera de primera clase. Todo lo cual sumió a la joven en una profunda desesperación.

Pero no pararon ahí sus desdichas, porque, al llegar al final de la línea, cuando el tren penetró en una inmensa jaula de acero y de cristal silbando alegremente, la más bella muchacha que Olvido pudiera imaginar se asomó a una de las ventanas de la elegante estación término y saludó con la mano a su marido, el cual, descendiendo presuroso, enlazó por la cintura a la joven y ambos se perdieron arrullándose en una de las salas de espera.

De regreso a su hogar, Olvido retornó a su antigua melancolía y a la ventana desde la que solía contemplar el paso de todos los trenes sin perderse ninguno, seña inequívoca de que había vuleto a caer en la profunda depresión anterior a su matrimonio.

Sus mejillas volvieron a palidecer, y sus dedos adquirieron el aspecto de estar modelados en cera. Hondos suspiros salían de su pecho de vez en

cuando, y el revisor, comprendiendo que habia sido descubierto, no volvió a detenerse jamás en la estación que otrora fue su hogar.

—Anímate, nenita —le rogaba su madre sin obtener ningún resultado.

—Vamos a dar un paseo por el andén, querida —proponía el jefe de estación, pero ella ni siquiera respondía.

Y tanto y tanto se asomó a la ventana a ver pasar a los trenes, quién sabe si con la secreta esperanza de volver a contemplar a su traicionero amor, que los viajeros llegaron a pensar que lo que veían era tan sólo el busto de una muchacha esculpido en mármol. Tal era su palidez y su quietud. Hasta que cierta madrugada, cuando su padre venía de dar vía libre al expreso del Norte, se la encontró muertecita en la ventana, igual que un pájaro dormido.

* * *

Inconsolable, a causa del fallecimiento de su hija, el jefe de estación fue poco a poco perdiendo facultades y cierto día estuvo a punto de provocar un desastre al confundir unas órdenes bastante simples, por lo que la compañía, a fin de matar dos pájaros de un tiro, hizo lo posible porque se jubilara, concediendo al matrimonio un pisito en un barrio de ferroviarios cercano a otra estación y mandó clausurar aquella en la que el padre de Olvido había venido ejerciendo el mando.

Con el paso del tiempo, el edificio de la estación fue perdiendo su apresto y comenzó a arruinarse, y como ya no había nadie que encalara las paredes ni regara los geránios, los muros fueron ennegreciéndose y las flores se marchitaron asifixiadas por la carbonilla que nadie se preocupaba de limpiar.

Algunos viajeros, conociendo la historia, pegaban sus rostros a los cristales de las ventanillas cuando los trenes cruzaban vertiginosamente por la antigua estación y comentaban con sus vecinos de asiento los ava-

tares de aquella desgraciada historia. Incluso, en cierta ocasión, alguien creyó ver a una muchacha asomada a una de las ventanas. Seguramente fue el reflejo de la Luna en algún resto de vidrio, pero dio la casualidad de que algunos kilómetros más abajo, aquel tren se salió de la vía, sin que por suerte se produjeran víctimas personales.

Poco a poco, y ya fuera a causa de fantasías histéricas, o a otro tipo de razones, fue extendiéndose la especie de que algunas noches una muchacha pálida, un espectro, permanecía asomada a una de las ventanas de la estación abandonada y contemplaba silenciosamente el paso de los trenes.

Los encargados de la compañía procuraron desmentir tan absurdos rumores, especialmente porque las malas lenguas hacían coincidir las fantasiosas apariciones con accidentes de ferrocarril, sucesos cuya frecuencia, a decir verdad, comenzaba a resultar preocupante.

El propio Anselmo, dándoselas de fanfarrón, hacía gala de un valor que estaba lejos de sentir, y atusándose el poblado bigote con un gesto que quería denotar confianza, se asomaba con los demás viajeros al pasar el convoy por el lugar que durante tan poco tiempo fuera su nido de amor.

Ni que decir tiene que, al menos en las ocasiones en que el interventor observó fugazmente la estación, ninguna joven fantasmal hizo su aparición en la ventana aquella.

De todas formas, y a fin de evitar ser parte del espectáculo, Anselmo solicitó el traslado a otra línea para alejarse definitivamente, no sólo del recuerdo de Olvido, sino de varias atosigantes hijas de jefe de estación que se creían con derecho a su persona por el simple hecho de haber recibido una sonrisa, un piropo, o una fugaz caricia de parte del apuesto revisor.

Llegó la noche de su último viaje por la línea que se disponía a abandonar, y, aunque fuera llovía a cántaros y una horrible tormenta se habia desencadenado

sobre la llanura, Anselmo se relamía de gusto pensando en las estaciones de la nueva línea, y en las encantadoras hijas de jefe de estación que iba a encontrar.

Después de haber revisado todos los billetes, y sabedor de que, por lo menos hasta dentro de dos horas no llegarían a la próxima parada, se dirigió al último vagón, que se encontraba desierto, y se tumbó en uno de los asientos con ánimo de descabezar un sueñecito. El ruido de la lluvia y los lejanos truenos hacían más confortable la estancia en el interior del expreso.

Ignorante del tiempo transcurrido desde que se durmió, Anselmo se incorporó en el asiento con la conciencia de que el tren llevaba parado demasiado tiempo. Consultó su reloj y pudo comprobar que todavía no había transcurrido el periodo suficiente para que el convoy hubiera alcanzado la siguiente estación.

Levantándose somnoliento, se dirigió hacia la puerta de comunicación con el resto del tren, y al abrirla, una violenta ráfaga de viento inundó el compartimento a la vez que un fantasmal relámpago iluminaba la vía. Porque no habia otra cosa delante de sus ojos. El resto del tren había partido abandonando, quién sabe por qué incomprensible causa o avería, el furgón de cola en el que él se encontraba.

Casi inmediatamente, un trueno horrísono, correspondiente al espectral relámpago, se abatió sobre el techo del vagón y el tableteante sonido le aturdió de tal modo que a punto estuvo de caer a tierra.

No bien se había repuesto de la impresión, cuando tuvo la certeza de que algo fatal iba a ocurrir. Y en efecto, se oyó un raro chasquido, y a continuación, en una décima de segundo, un rayo descendió fulminante sacudiendo con toda su energía el solitario y desvalido vagón. El estruendo subsiguiente fue tan descomunal, que Anselmo creyó llegada su última hora, pero, por fortuna, la chispa no le alcanzó directamente. No obstante, el furgón comenzó a arder por los cuatro costados, y el interventor saltó a tierra y corrió a refugiarse en un edificio cercano a la vía.

Como pudo, se guareció junto a una de las puertas

de la casa y contempló horrorizado el dantesco espectáculo del vagón envuelto en llamas. Fue precisamene aquella luz, a la que se añadía la de los relámpagos, la que le permitió leer el nombre, ya casi borrado, escrito sobre un viejo cartel que la lluvia y el viento hacían oscilar produciendo un lúgubre chirrido: *El Almendral.*

Separándose ligeramente de la pared del edificio, y cubriéndose con las manos el rostro, a fin de protegerlo de la lluvia, contempló horrorizado la fachada de aquella casa, que no era otra cosa que la antigua estación abandonada.

Sin poderlo evitar, sus ojos se dirigieron hacia la ventana, y a la luz de un relámpago, le pareció ver una sombra blanca que permanecía inmóvil apoyada en el alféizar, pero un segundo después, ya más tranquilizado, comprobó que se trataba tan sólo del reflejo de la luz en algunos fragmentos de cristal.

La sala de espera se encontraba casi tan a la intemperie como el exterior, pero el resto de la casa, a juzgar por la puerta de comunicación que aparecía intacta, debía de estar algo más abrigada.

Vaciló un instante presa de un temor supersticioso, pero atusándose el empapado bigote, gesto que le inspiraba confianza, derrumbó la puerta de una patada y penetró en la parte de la estación que había servido de residencia a sus suegros.

Las habitaciones estaban desiertas, y tan sólo en una de ellas encontró una silla tan deteriorada que probablemente no hubiera resistido el peso de su cuerpo. Pensó que quizás arriba, en sus antiguas habitaciones encontraría algo sobre lo que tumbarse y esperar la mañana, y, apenas había terminado de formular aquella idea, cuando le pareció que alguien pronunciaba susurrante su nombre y decía algo parecido a «buen viaje, mi amor». Seguramente una ráfaga de viento.

Puso el pie en el primer escalón, y un tremendo golpe le dejó paralizado hasta que comprendió que el aire había hecho que se cerrara la puerta de fuera. No podía consentir que la imaginación le jugara ma-

las pasadas. El era todo un hombre y estaba cansado de demostrarlo.

Ya casi en la parte superior de la escalera, un relámpago iluminó fugazmente el ambiente y sus ojos creyeron contemplar un cuerpo de mujer en lo alto del descansillo, pero siguió avanzando y comprobó al llegar arriba que se trataba tan sólo de una mancha de humedad en la pared.

Apoyó su mano contra la puerta de su antiguo dormitorio, y ésta se abrió rechinando lúgubremente sin oponer resistencia. La habitación le pareció vacía al pronto, pero los relámpagos le permitieron ver que a un lado de la estancia había una cama: la cabecera y el somier.

Avanzó lentamente hacia el lecho, que no era otro que su antigua cama de matrimonio, y exhausto, se dejó caer en él. Al instante se cerró la puerta, y una figura fantasmal, que se hallaba oculta tras el batiente, comenzó a caminar con pies inmóviles hacia el lugar en que se encontraba el interventor, el cual, aterrorizado e incapaz de efectuar su solo movimiento, vio cómo el espectro horroroso de una mujer, iluminado a intervalos por la luz blanquecina de los relámpagos, se iba aproximando hacia él, mientras una voz que era como una ráfaga de viento susurraba desde lo más profundo: «Buen viaje, mi amor».

El último gesto del revisor antes de que el fantasma le abrazara de manera mortal, fue llevarse la mano hacia el bigote con intención de atusárselo, pero el contacto con la horrenda aparición interrumpió aquel postrero ademán, y el cuerpo de Anselmo fue ferozmente estrujado contra el entramado del somier, cuyos alambres penetraron profundamente en su carne, y cuando se hallaba de aquella inhumana manera apresado, un rayo descendió del cielo, y, penetrando por la ventana de la habitación, cayó sobre la metálica cama abrasando por completo y electrocutando al malhadado revisor, y el estruendo del trueno subsiguiente no pudo apagar el eco de una tremenda carcajada que fue como un espantoso alarido que dijera: «¡Buen viaje, mi amor!».




Crimen por
misericordia

Crimen por misericordia

Alberto S. Insúa

«El hombre es un lobo para el hombre»

Thomas Hobbes



Yo había estado muy ocupado en el último plenilunio. Demasiado ocupado. No menos de tres personas habían muerto despedazadas de forma horrible, con el cuerpo desgarrado por múltiples dentelladas. Curiosamente, cada bocado suponía una gran porción de carne desaparecida, evidentemente devorada. No faltaban señales de zarpas que el forense estudió con sorpresa y fue incapaz de atribuir a ningún animal conocido. Eran demasiado afiladas para ser de lobo y demasiado grandes para pertenecer a cualquiera de nuestros pequeños felinos. Había sangre, pero no demasiada, como si el animal la hubiera sorbido de las heridas.En resumen, las autoridades no sabían a qué atribuir tan espantoso crimen. Las víctimas, suficientemente alejadas unas de otras, habían muerto en intervalos sucesivos de un par de horas. Es decir, a lo largo de toda la noche. Imposible pensar que el responsable de tal carnicería fuera un ser humano. Debía tratarse de un animal grande, de una bestia salvaje gigantesca y dañina. Pero, ¿cuál? Nadie era capaz de dar respuesta al dilema hombre o animal. Nadie, salvo yo, sabía que ambas respuestas eran correctas.

* * *

Acaba de llegar de Estados Unidos, de vacaciones, y el azar nos había reunido. Yo llevaba ventaja porque le conocía. Sabía muy bien lo que le sucedía en las terribles noches de plenilunio, cuando la maldición del pentágono grabado en su piel, junto a su corazón, le transformaba en la más sanguinaria de las criaturas, cuando su boca babeante se abría dejando al descubierto sus terribles caninos de carnicero. Sabía cómo su cuerpo se cubría de espesas cerdas negras, cómo sus orejas crecían, afilándose, y sus uñas humanas se alargaban adquiriendo la dureza quitinosa de la zarpa de un felino. Conocía todas y cada una de las características en que se materializaba el hombre lobo y cómo la fiereza de la bestia se unía a la astucia malvada del ser humano.

Yo sabía lo que había pasado. En su furia diabólica había conseguido romper las cadenas y escapar al campo. Luego, una tras otra, había asesinado a sus víctimas. Me bastaba cerrar los ojos para sentir el acre olor de la sangre manando de sus fauces insaciables, para verle morder con saña, devorar la carne rota, los corazones partidos, las madejas sedosas de tibios intestinos; y alejarse luego, en busca de nuevas víctimas, dejando tras de sí un rastro de roja espuma.

Sabía también, que una vez oculta la Luna, todo ese proceso se habia tornado inverso, y que, de nuevo en forma exclusivamente humana, habría llorado, limpiando con sus lágrimas la sangre involuntariamente derramada, mientras buscaba rápidamente el refugio de su hogar maldito, del triste caserón convertido en lobera que había alquilado, y que una vez en él, habría lavado su cuerpo borrando las huellas del crimen, quemado sus ropas destrozadas y aguardaría, solo y maldito, el plenilunio siguiente.

Pero yo tenía tiempo suficiente, más de veinte días para hacer que todo acabara. Así que decidí acercarme a su casa, sin grandes esperanzas de que me recibiera. Y lo conseguí al tercer intento. Cuando abrió la puerta nos miramos sin hablar. Fue él quien rompió el hielo.

—¿Qué desea?

—¿Señor Daninsky? Me llamo Talbot. Larry Talbot.

Pegó un respingo al escuchar mi nombre. No era para menos. Se echó a un lado e intentó, inútilmente sonreír.

—Pase, Larry...

Sin darse cuenta me había llamado por mi nombre, como si fuéramos viejos amigos. Bueno, era lógico, que me conociera. Como yo a él. En silencio me condujo hasta el salón y me señaló un confortable sillón que ocupé inmediatamente. El permaneció de pie, en silencio. Me miraba, estudiándome. Por fin se decidió a hablar.

—¿Y bien...?

—El azar nos ha reunido. Es lógico que nos conozcamos. —Mi respuesta no pareció convencerle.

—¿El azar?

—Desde luego. Yo estoy... de vacaciones, si es que pueden llamarse así. No tenían la mínima idea de encontrarle, pero después de lo de la otra noche...

—¡Cállese! —gritó fuera de sí.

—Como quiera. Pero es precisamente de eso de lo que he venido a hablarle. Seamos sinceros, Valdemar, usted y yo somos los únicos capaces de entender lo que nos pasa. Y de buscar remedio. —Me miró con recelo. Era lógico. Un individuo llega, da un nombre, y pretende que se le abran todas las puertas. Así que para disipar sus dudas me desabroché la camisa. El miró la marca del pentágono sobre mi pecho.

—Comprenda mi desconfianza. ¿Sabe? En el fondo tenía miedo de que usted no fuera en realidad Larry Talbot. Y también de que lo fuera. Ahora...

—Ahora ya lo sabe. No soy un impostor que ha descubierto su secreto por casualidad. Nobleza obliga. Espero que usted haga lo mismo.

—¡Desde luego! —exclamó mientras se desabotonaba la camisa.

El pentágono estaba allí. Esta vez sí consiguió sonreír.

—¿Se quedará a cenar?

—Bueno, es la mejor manera de charlar. ¿No cree?

La cena pronto estuvo lista, y la ausencia de carne en el menú me resultó divertida. El apenas probó bocado. Yo en cambio hice honor a los manjares. Luego, empecé a hablar sin parar.

—Mire Valdemar, he pensado mucho sobre esto y he llegado a una serie de conclusiones. Me gustaría conocer su opinión. Para empezar le diré que he cambiado de oficio. Ahora soy periodista. Eso me da movilidad y evita que nadie me controle. Y, a fin de cuentas, también un hombre lobo tiene que ganarse el pan. No hay luna llena todos los días.

—Es usted un cínico —dijo entre enfadado y sorprendido.

—¡A la fuerza ahorcan, compañero! No todos tenemos la suerte de vivir de las rentas, como usted. Vamos, no se enfade y déjeme ir al grano. ¿Ha leído «El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde»?

—Sí, claro.

Era evidente que no mentía. A pesar de ser hombre de pocas palabras se adivinaba en él una no despreciable cultura y una gran sensibilidad. Esperó a que reanudara mi charla mientras me miraba con sus grandes ojos negros y profundos. Yo recordé cómo esos mismos ojos se inyectaban en sangre y se cubrían de arterias rojizas en el estertor premonitorio. Recité de memoria:

—«Me sentí, al primer aliento de esta nueva vida, más perverso, cien veces más perverso, y esta idea era como un delicado vino que me tonificara». ¿Recuerda ese párrafo? Es de la confesión del doctor Jekyll.

—Desde luego que lo recuerdo. Aunque no tan literalmente como usted. ¿A qué viene ese alarde de erudición?

—Viene a que me gustaría saber qué opina de él y si le sugiere algo...

Reflexionó antes de contestar.

—Bueno, Jekyll es un arquetipo. Desde luego no el bien y el mal, sino la represión y los impulsos primitivos. Si bien se mira, los excesos de Hyde podían escandalizar a la sociedad victoriana, pero ahora son un juego de niños.

—¡Exacto! —exclamé— pasa los mismo con el retrato de Dorian Gray de Wilde. Pero el hecho de que ambos pinten una maldad pasada de moda no invalida el análisis. Stevenson define muy claramente dos cosas: que hay un fondo de maldad en todos los hombres, y que ejercer esa maldad supone un gran placer. ¿Okay? —Me miró tratando de comprender el sentido último de mis palabras.

—No alcanzo a comprender hasta dónde quiere llegar.

—¡Pues es bien simple, colega! No sé si el hombre es malo desde la cuna, o resulta que la sociedad le corrompe. Me es lo mismo. El caso es que la maldad está ahí, reprimida, y cuando menos se piensa, ¡zas!, cualquier ciudadano de apariencia bondadosa se convierte en una bestia salvaje. En los últimos años he sido corresponsal de guerra, ya sabe, Vietnam, Pakistán, Líbano, Nicaragua, El Salvador, y le juro que nuestras locuras de plenilunio son un juego de niños comparado con aquello. ¿Ha visto alguna película o alguna foto?

—Sí, las he visto.

—Entonces, estará de acuerdo conmigo. Un soldado apoya el fusil en la sien de una pobre vieja y dispara. Otros se fotografían rodeados de cabezas cortadas. Hay quien se come el hígado de los enemigos. Gente abrasada con lanzallamas, mutilados, castrados. Hay para dar y tomar. Al lado de esos chicos heroicos que luchan por la democracia, o por lo que sea, nosotros somos unos angelitos. —Vi que estaba a punto de llorar, no sé si de tristeza o de indignación por mis palabras. Pero no estaba dispuesto a dar cuartel, así que continué.

—Como ve, el filósofo tenía más razón que un santo. Homo, homini, lupus. El hombre es lobo para

el hombre. Aunque los únicos alobados seamos usted y yo.

—¡Eso no nos justifica, ni elimina nuestra tragedia! —exclamó indignado—. Repito que es usted un cínico.

—Sea. Pero espere que no he terminado. La droga que tomaba Jekyll sólo le liberaba de sus inhibiciones. Si en aquel tiempo hubiera estado de moda, yo diría que se piraba con cualquier alucinógeno. El resto de la gente se dedica a sublimar el mal como puede. ¿De dónde si no el auge de las novelas violentas del cine de acción y del género de terror? ¿No será tan ingenuo que piense que el espectador o el lector se identifican con la víctima? Se identifican con el asesino, con el vampiro que chupa la sangre, o con cualquiera que en la ficción haga lo que ellos no se atreven a hacer. Pero, déjeles sueltos...

—Sigo sin comprender hasta donde quiera llegar.

—No se apure. Ya termino. Nosotros, como cualquiera, damos rienda suelta a nuestros impulsos asesinos, de vez en cuando. Y luego, tan normales. Desde luego, es una lata que sea a plazo fijo, en cada plenilunio, y que, además, nos salgan pelos por todas partes. ¡Qué se le va a hacer! También tenemos la ventaja de ser indestructibles. Aunque eso último no esté muy claro. Sí, para matarnos hacen falta balas de plata, pero yo no tengo nada seguro que el paso del tiempo no nos vuelva ancianitos y acabemos agonizando de cáncer o de pulmonía. Si se fija, en ninguna película de hombres lobos se ve que después del disparo fatal el hombre lobo se vuelva un cadáver viejo, luego un esqueleto, y finalmente un montón de polvo que se lleva el viento. Eso queda para Drácula y sus congéneres.

Me miró anonadado mientras musitaba:

—¡Ojalá tenga razon!

—¡Vamos, vamos...! ¿No me diga que su desesperación es tanta que desea morir?

—Se lo digo —contestó.

—Pues lo tiene usted muy fácil. Un revólver y...

—Suicidarse no es fácil. Hay que tener valor para ello. Sollozó mientras se tapaba la cara con las manos. Al hacerlo, derramó su copa y el vino rojo se extendió por el mantel como una gigantesca mancha de sangre.

Yo guardé silenció. Me di cuenta de que la reunión tocaba a su fin. El descubrió sus ojos llorosos y exclamó:

—¡Váyase!

Me levanté lentamente con la mano metida en el bolsillo.

—Lamento haberle entristecido, Valdemar. Ha sido una velada muy agradable. Ya me marcho, no se apure. Sabe, usted es un romántico incorregible, un ser de otro mundo. Tarde o temprano lo abandonará y su tragedia habrá concluido. Desgraciadamente, yo soy diferente. Me gusta vivir. Eso significa que estoy dispuesto a aceptar las circunstancias a tragar con la podredumbre Ha sido una velada muy agradable y una cena magnífica. No sé cómo agradecérselo. Aunque, tal vez...

Saqué el revólver del bolsillo. El me miró atónito. Luego disparé. Una vez tras otra, hasta seis, mientras exclamaba:

—Desde luego, las balas son de plata.

Rodó por el suelo, definitivamente muerto. Ya nunca más miraría con horror la luna llena, ni sentiría crecer sus uñas y sus colmillos, ni el escozor del vello negro saliendo por la piel.

Le maté por varias razones: porque sufría y yo soy incapaz de no hacerle un favor a un amigo, porque este mundo no era para él. Es demasiado violento, y hasta un hombre lobo menos duro que yo se sentiría incómodo. Y también, porque hay que eliminar la competencia. Yo estaba dispuesto a pasar unas vacaciones tranquilas, y dos hombres lobo en un lugar tan pequeño es demasiado. Tarde o temprano empezarían las complicaciones.

Salí cerrando la vieja puerta con llave. Al hacerlo me acordé de un viejo truco, así que volví a abrir,

entré y recorrí la casa cerrando todos los huecos por dentro, a cal y canto. Luego dejé el revólver vacío en el suelo, limpio de huellas dactilares, lo suficientemente alejado del cadáver para que ningún policía, por imbécil que fuera, pensara en que se había suicidado pegándose seis tiros. Luego, busqué un trozo largo de bramante. Desde dentro saqué los dos cabos por el agujero de la cerradura, y pasé el bucle doble por debajo de la puerta. Salí de nuevo, cerré la puerta y di la vuelta a la llave. Esta estaba presa por su ojo en la cuerda doble. La deposité en el suelo y tiré de los extremos del bramante. La llave desapareció por debajo de la puerta, y luego la oí rascar mientras trepaba a lo largo de la madera. Cuando la cuerda se puso tensa maniobré hábilmente unas cuantas veces, hasta que sentí cómo la gran llave de hierro se encajaba en la cerradura. El ojo era lo suficientemente amplio para que el bramante, una vez suelto uno de los extremos, saliera con toda facilidad.

—¡Ya estaba desentrañado el enigma de la habitación cerrada! Así que me largué tan contento. ¡Que trabaje la poli, que para eso la pagan! Me quedé mirando la luna, en cuarto menguante. Faltaban más de veinte días para el próximo plenilunio.

Por cierto, creo que he dicho que en el anterior hubo tres víctimas. El pobre Valdemar, que en paz descanse, y nunca mejor dicho, sólo fue responsable de dos de ellas.



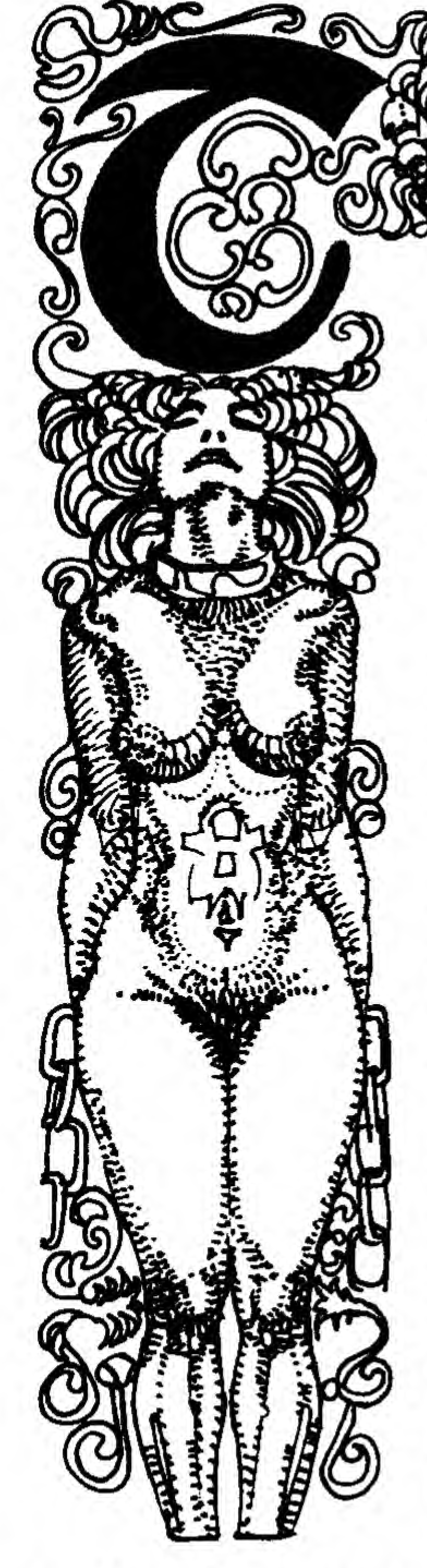

Aventura de un
estudiante alemán



Aventura de un estudiante alemán

Versión libre de Eusebio Zabaleta sobre un relato de Washington Irving

La muerte de la muchacha que amaba le llevó a aceptar un trabajo, cruel e infame; un trabajo que consistía en reclutar clientes entre las damas de la nobleza que querían escapar de «Madame Guillotine».



U lo sabes Gottfried Wolfgang, ahora sólo te queda morir, así como mueren ellos, tal y como murió ella.

Cuatro cuerpos más y tú.

Cuatro aristócratas de nombres y apellidos resonantes. Eres el quinto, el primero por la cola camino de la guillotina.

Tú, sin embargo, eres escuetamente dos iniciales G y W, estudiante de Gotinga, rebotado en París. La Revolución nada tiene contra ti. La sociedad, sí.

Paradójicamente tienes historia. Ellos, los aristócratas sin embargo, nacieron y vivieron sin más episodio que el cotidiano mirar al espejo de su vanidad. Eso es todo. Pero sabrán morir con dignidad y orgullo, enhiestos, como si la sanguinolenta plataforma receptora de cabezas que ruedan, fuera estrado de exhibición. Cuando la tuya (esa olla de pesadillas que en su mayor parte son realidad de tu espantosa vida) ruede la gente que aprieta su morbosa curiosidad en la plaza de La Grève, circo en donde la nueva Francia quiere cambiar la Historia Universal, se preguntará:

—Y, ese ¿quién era? No parece marqués, ni duque, ni barón. No lleva peluca.

Todos ignoran, ya se ve, que tienes historias que contar.

* * *

Un año menos que tú, trece o catorce por tanto, la pequeña Emma acudía puntual a la misa de ocho. Te ocultabas para mirar en las últimas sombras de la noche cuando el invierno no había dejado entrar aún las primeras luces; o en el interior del templo, porque ya la temprana y luminosa primavera o el radiante verano, hubiesen descubierto tu presencia allí. Eras todos ojos penetrantes que tú querías suponer haces de manos largas, buscadoras de sensaciones prohibidas en el incipiente busto de la niña o enredados los dedos entre los tirabuzones blandos, sensibles al más leve soplo de viento o al gesto siempre insinuante y feliz de la cabeza. Vivía en la casa de al lado, en la propiedad parroquial. ¿Lo recuerdas bien G. W. o deberemos repetir la crónica para hacer más áspera aún la muerte que te espera sentada en los escalones del cadalso?

Lograste ser monaguillo para extasiar tu deseo cuando ella abría la boca para recibir la comunión. «Quiero ser sacerdote, quiero ingresar en el seminario», afirmaste ante el sacristán primero y después ante el señor cura para asegurarte el puesto. Ella, que entonces ordenaba las religiosas ropas en el armario grande y recio, volvió un instante la cabeza para mirarte y tú la imaginaste enteramente desnuda, allí mismo, entre tanta cosa sagrada, como una insólita imagen de tu sola devoción.

Fue entonces cuando tosió con fuerza varias veces, las últimas, con la picazón acuciándole el miedo inicial.

«¿Será porque ha escuchado mi noticia?», te preguntaste sin dejar de ser ascua solitaria de deseos.

¡Imbécil! Unas gotas de sangre escaparon a la protección que ella misma había puesto sobre la boca con la mano fina y blanca como de marfil o de seda.

Tuberculosis. Virus aristocrático unas veces, otras

notario de miserias que pasan por el hambre y la desnutrición. Tuberculosis ella, es decir, quietud, descanso... ¡distancia de ti! a partir del momento desdichado de la sacristía. Preso de tu deseo, buscaste en los anchos cajones de la ropa sagrada las huellas rojas, ya ocres de su enfermedad. Cargó el sacristán con la culpa del destrozo porque fuiste tú G.W. quien recortó con una tijera las motas para guardarlas como reliquia.

¡Qué días aquellos! Te sentías —ella nada sabía, nunca supo de ti— tan cerca que la imaginabas más veces y hasta se te ocurría pensar que antes de morir te llamaría.

Recuerda, recuerda...

Estábais solos. Ella vestía el traje blanco de su primera comunión. Tú, de monaguillo. Más con sotana negra, heraldo de algo funeral. Tú ponías tu oreja sobre su boca. ¡Aún respira G.W.! Y la mano sobre la insinuación de bulto carnal de los pechos. Palpita, palpita. Después, sí G.W., no disimules, dilo de una vez. Después comenzaste a desnudarla despacio. Inventaste una frase para explicarte aquello: «Liturgia delicadamente amorosa». Tú no abrías los ojos. Era rito sin imagen vista. Pero cuando la sentiste tuya los abriste un momento sus ojos, los de ella, llenos de miedo, de asombro y dolor te miraron entre lágrimas. Eran ojos quietos, absolutamente inertes. Estaba muerta.

Fue así, no lo dudes, G.W. Ahora eres ya hombre.

Muchas veces te has dicho con el libro de estudio inútilmente abierto frente a ti que todo había sido un sueño.

No. Tu vida es una enorme mentira que quiere ocultar su terrible y formidable realidad en esa fácil disculpa. Es verdad que en la inestable estancia de tu espíritu hay de todo. Fantasmas y hechos con personas tangibles. Más no digas a secas que no sabes cuando y cómo murió la pequeña Emma.

Porque ves su rostro también de día, en los rostros de las mujeres que encuentras en la calle. Y lo sientes

sobre tu misma almohada de noche, en las horas sin medida de tu sueño. Di verdad, si quieres, G.W. ¿Cuántas veces has pensado que vive aún, que la encontrarás al torcer la esquina?

Gotinga está ya en el recuerdo.

Ahora es París tu sitio.

París en la demarcación justa del Barrio Latino. No has querido conocer más. Y dentro del bohemio caserío, la taberna de Gaston. Y en un rincón de ésta el vino siempre repuesto en la jarra de cerámica.

—Tu dinero llega, al fin, una vez cada mes. Tienes crédito.

Allí estabas horas y horas cuando en París el delirio de la Revolución paralizaba toda actividad que no fuera la de destruir para construir sobre la ruina viviente. El pasado no valía.

—Ciudadano Gottfried Wolfgang, tú y yo podemos hacernos ricos. Voy a ampliar el negocio. Necesito un socio.

Gotinga era el recuerdo, aunque con Emma «viva».

París el presente, prometedor, que llegaba desde el rostro congestionado de Gaston, desde las vaharadas de mosto del rico tabernero, ciudadano revolucionario...

—Sí, amigo. Ciudadano revolucionario y descubridor de una mina de oro para la que hacen falta manos...

—¿En qué consiste?

Gaston llenó otra jarra, echó la espalda para atrás y espetó con palabras que no eran suyas:

—El hombre es una inconmensurable frustración. Ve a la plaza de La Grève y míralos. La mayor parte de ellos quisieran poseer aquellos cuerpos antes de que la guillotina acabe con el gesto de su presencia. Hablo de las mujeres ajusticiadas. Meterse en lo otro, en el mundo de los hombres resultaría más complicado.

—Pues bien -Gaston se endilgó de un viaje la jarra—, aquí abajo en el frescor de la bodega se les tiene una noche... a placer del que pague y si te he visto no me acuerdo.

(Es natural, sorprendido G.W., que no entiendas.

Gaston mismo no ha osado entrar en materia definitivamente).

—Habla más claro.

—Mi amigo, nuestro socio el doctor embalsamador le llama a lo que digo «prostitución necrofílica»...

—¿El placer con ellas, las muertas, la guillotinadas?

—Dicho así, no lo entenderás, todavía, pero es tal y como suena.

Es el momento Gottfried Wolfgang, de que te digas a ti mismo, sin paliativos, algo que roe esa parte de tu conciencia en donde se alberga la duda.

Es hora de que recibas por ti mismo la noticia que tú sabes pero que retienes con horror.

Sí, G.W., Emma estaba muerta cuando yaciste con ella.

—Mentira...

Y en tu frenesí pensaste en la misteriosa energía de un cuerpo recién ido, para ser muelle descanso activo del que busca el placer puro.

Fue verdad. Dime, G.W., ¿por qué si no has pareguntado con precisión a Gaston?

—Y, ¿cuánto tiempo puede conservarse, pueden ellas, las ejecutadas, quiero decir?

—Una noche. De aquí, mi querido G.W., que el servicio sea caro, para los privilegiados.

—Pero, ¿de verdad puede ser posible...? ¿Puede...? ¿Puede?

—Comenzamos ayer.

—Y, ¿las autoridades?

—La diosa Razón recibe su parte... por mano de uno de sus fieles.

—Y yo... yo ¿qué debo hacer?

—Buscar la clientela...

—¿Solo?

—Tu clientela, amigo G.W. está entre las damas nobles que no quieren pasar por la consulta de «Madame Guillotine». Tenemos listas.

—Pero ellas, están vivas...

—Por eso...

—Abajo, en la bodega hay sitio para diez camas-

tros. El undécimo es el destinado para la que quiera la vida a cambio del cuerpo. ¿Me sigues amigo G.W.?

Gaston le hizo repetir la lección. Damas todavía escondidas deberían ser compañía de las muertas, si prefirieran la «prostitución viviente» a la otra.

¡Pobre Gottfried Wolfgang...!

Aún dices que tu vida es sueño.

Todavía resistes a la realidad.

Emma estaba muerta a pesar de que ahora la sientas en la alerta de tus venas, enteramente viva y próxima.

Ellas, las diez de los diez camastros estarán muertas también, con un paño negro sobre su cabeza, mejor dicho allí en donde estuviera antes...

Tú te encargarás de proveer la undécima. ¿Lo has entendido?

No pudo más y salió a la calle.

La noche amenazaba tormenta por las sombrías calles de La Marais, el más viejo barrio de París. Rugía el trueno. Parecían temblar las casas. G.W. temblaba más aún. Esto es lo cierto.

Sin que él se lo propusiera, llevado por invisible mano, estaba en la plaza misma de La Grève.

Aquella escena había sido contemplada mucho antes que nosotros ahora por los ojos de quien este relato firma, Washington Irving.

Decía así:

«Centelleaban los rayos sobre las altas torres del Ayuntamiento y su fulgor iluminaba la plaza. Al encontrarse G.W. tan cerca de la guillotina retrocedió horrorizado. El terrible instrumento relucía con la sangre de los guillotinados. Allí estaba, rendido de cansancio, esperando nuevas víctimas que llegarían al día siguiente.

G. W. sintió sobrecogido su corazón. Pero le retuvo el descubrimiento de una figura a los pies de los escalones. Era una silueta femenina, vestida de negro, busto inclinado para adelante, largo pelo oscuro y despeinado que llegaba al suelo, mojado por la copiosa lluvia. No era una mujer vulgar. Todo lo contrario. Un pañuelo de seda también negra que llevaba en el cuello realzaba con cierta coquetería su belleza.

Y un grueso broche de diamantes terminaba de identificar a la extraña desconocida».

Todavía no había visto su rostro. Con temor tocó con la punta de los dedos el hombro de aquel ser que tan inmensamente le atraía.

—Ella...

Dilo Wolfgang.

—Ella... era, ella misma... Emma... su niña, la pequeña criatura amada de Gotinga, que le miraba y abría la boca como entonces...

Esta vez fue para pedir:

—Deme algo de beber, que no sea agua.

Un remolino de propósitos le desconcertó por entero.

Si la llevaba a la bodega de Gaston salvaría la vida y él...

De lo contrario, allí mismo al día siguiente...

—Yo le acompañaré a su casa —alcanzó a decir G.W.

Ella por contestación señaló con cansancio hacia la guillotina misma:

—Esta es mi casa.

—Noooo -gritó él, ya con la voluntad dirigida y el placer anticipado.

¿Lo adviertes, G.W.?

Estás dentro del «negocio» de Gaston.

Es ella, ¡Emma!, tu primer «cliente».

—No, no...

—Sí, sí...

Ve con ella, ya es tuya.

La tormenta había alzado a mayor altura las nubes rasantes que habían sido luminaria de la escena allí en la misma plaza de la muerte. Eran los rayos fulgores de contraste, como decorado de cartón para una tragedia de comediantes de la legua.

Mientras la llevaba, Wolfgang inevitablemente le contó la embriaguez de su amor antiguo. Eludió la narración de aquella primera muerte que ahora veía falsa, irreal, sólo visión terca en su angustioso rememorar. Hasta le habló de matrimonio.

«Los auspicios de la diosa Razón hacen fácil nuestro deseo. Incluso los espíritus más honorables consideran el matrimonio como una fórmula en decadencia, otra más en el fárrago de antiguallas del Antiguo Régimen. Se han puesto de moda los contratos sociales. Aprovechémoslos.

—Nuestros corazones desean la unión. A los ojos de la razón y del honor estamos ya unidos. ¿Qué necesidad hay de nuevas fórmulas?».

En la bodega de Gaston, el camastro undécimo era cama y estaba separado de la fila de las diez por un biombo de tela escarlata.

Emma entró con Gottfried y como si algún diabólico decorador estuviera en el secreto, todo pareció casar en su fugaz apariencia con la habitación aquella de Gotinga. Ella no lo advertía, pero G.W. sí.

Acaso por ello, como si fuera exorcismo, Gottfried quiso simular allí mismo un esquemático matrimonio:

—Tú no tienes ni casa ni familia. Déjame ser eso para ti. Seámoslo el uno para el otro. He aquí mi mano. Me uno a ti para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó con voz que no parecía suya Emma.

—¡Para siempre! —respondió él.

Emma tomó la mano de G.W.

—Entonces soy tuya.

Bruscamente, la ruda mano de Gaston cayó sobre la cabeza rendida de Wolfgang.

—Cerdo... ¿Así empiezas?

Fue tan brutal el tirón que cuando los dos miraron para el lugar de teórico placer que ella ocupaba, descubrieron con espanto que el pañuelo habia cedido en el nudo que apretaba el broche de diamantes y la cabeza de ella, aparecía guillotinada.

—¡Ladrón!... ¿Cómo la has conseguido?... Esta tarde mismo había sido ejecutada.

G.W.. cayó como sin vida al suelo.

Lo que vio después, sin fuerzas para impedirlo, le heló la sangre en sus envejecidas venas.

Junto con el de ella, otros diez cadáveres eran dispuestos en los camastros.

Gaston gritaba:

—¡Vino para todos!

Y un puñado de rostros ávidos de placer negro, esperaban ,a señal para entrar en el demencial recinto.

Arrastrándose G.W. salió sin ser visto.

Cuando al fin llegó a la Comisaría próxima, en las cercanías del Puente Nuevo, a la vista de la estatua de Enrique IV, derribada en el suelo, le recluyeron sin apenas querer oírle.

Y al amanecer, al lado del verdugo, estaba ya en el entarimado, porque, mansamente se había ofrecido como ayudante.

—Por amor de Dios y de Notre Dame, déjeme por favor.

—¿Para qué?

—Quiero ver si entre ellas está otra vez...

—¿Quién, rayos?

—Una niña de Gotinga... Se llamaba, se llama tal vez Emma...

* * *

Todos le tienen por loco.

El hablando consigo mismo clama sin cesar.

—Si pude amarla dos veces muerta... ¿Por qué no tres...?

Así estuvo hasta que el «negocio» de Gaston fue descubierto. Salvó el pellejo el tabernero por obra y gracia de la diosa Razón.

G. W. resultó único culpable.

Vedle en la fila de condenados.

Ya humilla la cabeza en la encharcada madera.

Suena el tambor y... ¿qué pasa?... la cuchilla queda retenida, atascada entre las guías.

El verdugo se impacienta:

—Ni siquiera merece morir.

Y G.W. continuó buscando la cabeza de ella.

Y aún sigue allí.

Id a verle.




Las
últimas notas
del acordeón

Las últimas notas del acordeón

Víctor Claudín

Escuche.
Escuche su disco favorito.
Escuche su disco favorito con la nostálgica música del acordeón.
Escuche su disco favorito con la nostálgica música del acordeón... puede que sea lo último que oiga.



EL acordeón es el instrumento musical de la nostalgia.

Por la noche, hasta muy avanzada hora, Alberto Ross, y su compañera Adela estuvieron escuchando machaconamente la grabación que tenían del acordeón de Jo Courtin interpretando los éxitos de la Piaf. Sólo descansaron en una ocasión con Ray Charles, *The Great,* el negro monstruoso, la voz infernal.

A la mañana siguiente, el despertador avisó a la pareja de las responsabilidades para con sus trabajos respectivos.

No quedaba ya nada de los entrañables recuerdos que recuperaron durante unas horas al calor de esas melodías de siempre.

Alegría, tristeza: nostalgia. Una agradable nostalgia que les dejaría a las puertas del sueño. En la fantasía del delirio, vicio incorrupto de la pesadilla.

El reloj vibró dos horas más tarde de lo acostumbrado, lo que Alberto no puede entender a no ser que su mujer, que se levanta una hora antes, lo haya retrasado a conciencia para regalarle con tiempo un roposo extra. Sin embargo, Adela sabe la importancia

de que su amante sea puntual en unos momentos en que su puesto de trabajo peligra.

Alberto salta de la cama.

Alberto salta de la cama y una punzada extraña le taladra el cerebro como si el nervio principal se doblase.

Alberto salta de la cama y una punzada extraña le taladra el cerebro como si el nervio principal se doblase al presenciar el espectáculo que ofrece su mujer Adela en el suelo.

Alberto salta de la cama y apresuradamente se viste y se prepara un zumo de naranja como todo desayuno. Tiene que recuperar algo del tiempo perdido y hacer que la tardanza no sea tan grave; no puede exponerse a perder su lugar en la empresa, con lo que le ha costado conseguirlo.

Prácticamente termina de abotonarse el chaleco sobre la camisa blanca y colgarse la chaqueta sobre los hombros en el momento de abrir la puerta de la calle.

Ahora se arrepiente de vivir a más de treinta kilómetros de distancia de la ciudad, lo que compensan con esa preciosa casita a lo americano, con un poco de césped, la amplitud y las comodidades del interior, el aire puro y todo lo demás.

Afortunadamente, ha dejado el coche en la calle y no en el garaje como normalmente. Con ello gana un par de minutos.

Entonces va hacia el automóvil.

Entonces va hacia el automóvil y descubre.

Entonces va hacia el automóvil y descubre que está.

Entonces va hacia el automóvil y descubre que está destrozado.

Entonces va hacia el automóvil y se lleva la manos a la cabeza al recordar que si lo ha dejado en la calle es precisamene por habérsele roto el embrague el día anterior, cuando estaba ya en la manzana de su casa.

Mira el reloj. La situación se complica por momentos. El tiempo parece ir acelerado esa mañana tan es-

pecial y las circunstancias dan la impresión de haberse puesto de acuerdo para machacarle. Así no llegaría nunca.

El sol calienta anormalmente y unas gotas de sudor abrillantan su frente.

No tiene que encontrarse con Juan, el lechero, quien cada mañana le saluda cuando sale ya montado en su Ford recién comprado. Eso hubiera ocurrido bastante más de dos horas antes.

El lechero no está dejando una botella en la puerta de al lado.

El lechero no está dejando una botella en la puerta de al lado, sino que permanece inmóvil.

El lechero no está dejando una botella en la puerta de al lado sino que permanece inmóvil igual a otros transeúntes convertidos en una especie de estatuas sangrantes que han enmudecido eternamente.

El Lechero no está dejando una botella en la puerta de al lado y Alberto corre hacia la estación de ferrocarril por si tiene la suerte de coincidir con el paso de un tren tranvía que le lleve a la ciudad donde habrá de excusarse con su jefe, por el involuntario retraso.

De su casa a la estación apenas hay diez minutos y Alberto los cubre en un récord. Pero cuando entra en el vestíbulo en busca de su billete siente un dolor en el corazón y recuerda las últimas recomendaciones del médico en el sentido de que guardara reposo por su delicado estado arterial.

En la ventanilla no hay nadie que responda a las súplicas de Alberto pidiendo un billete.

—Un tiket... por favor un tiket... un tiket.

No hay nadie en la estación.

No hay nadie en la estación porque todos los empleados están muertos.

No hay nadie en la estación porque todos los empleados están muertos y la estación ha sido bombardeada por mezclas corrosivas y sólo quedan ruinas.

No hay nadie en la estación porque todos los empleados están muertos y la estación ha sido bombardeada por mezclas corrosivas y sólo quedan ruinas

por donde las bilis y las tripas se escurren dejando un rastro epidémico.

No hay nadie en la estación y Alberto ha pensado en otra solución ya que, al parecer, los trenes más próximos van a tardar excesivamente. Tiene el recurso casi infalible del auto-stop. Sabe por comentarios de amigos que no es difícil que alguien te pare a la salida del pueblo, suponiendo el conductor que eres de la zona y que no corre peligro.

De nuevo inicia una carrera desesperada, estorbado por el chaleco, prácticamente asfixiado por la corbata, sudando por culpa de los pantalones de tergal, suponiendo los pies amoratándose en las celdas rigurosamente limpias del calzado nuevo.

La autopista aparece ante sí.

El portafolios, en donde recogió apresuradamente los papeles que esa mañana hubiera necesitado, le ha dejado caer en el camino, no pudiendo ya soportar su peso. Tampoco lo va a necesitar ya. Todo lo más precisará de buenas dotes seductoras para convencer a su jefe superior.

Saca el dedo cerca de unos bultos que no se preocupa en identificar.

Saca el dedo cerca de unos bultos que no se preocupa en identificar ya que son amontonamientos de cadáveres.

Saca el dedo cerca de unos bultos que no se preocupa en identificar y que son amontonamientos de cadáveres; mientras a lo lejos, como delimitando la cuneta, remolinos de fuego, juegan con otros restos que aún conservaban cierta impunidad frente a la tromba destructora.

Saca el dedo cerca de unos bultos que no se preocupa en identificar y los dos primeros zumbidos no se detienen. Han de pasar unos minutos más, unos preciosos minutos más, para que alguien se pare junto a él.

Alberto salta al interior sin que el automóvil se haya detenido del todo y busca el asiento sin demasiadas precauciones.

No hay tiempo de cordialidades. Tiene prisa. Ni siquiera murmura un agradecimiento y tampoco se molesta en conocer a su benefactor. Tiene prisa y sus ojos están fijos en las manecillas del reloj de pulsera que inexorablemente le van diciendo que no tiene salvación.

Pero Alberto ha demostrado a lo largo de su vida y de su trabajo profesional que es sumamente voluntarioso y que está dispuesto a lo que sea con tal de cumplir. Aunque cumplir sea absurdo.

Sólo mira al frente.

Sólo mira al frente y no ve que el volante se mueve sin ayuda humana.

Sólo mira al frente y no ve que el volante se mueve sin ayuda humana y que en el asiento del conductor se retuerce una gelatinosa masa informe que despide una fetidez intolerable.

Sólo mira al frente y no ve que el volante se mueve sin ayuda humana y que en el asiento del conductor se retuerce una gelatinosa masa informe que despide una fetidez inaguantable porque da la impresión de ser un material en descomposición que sufre una metamorfosis extraña.

Sólo mira al frente y se felicita cuando las formas geométricamente civilizadas van surgiendo en el horizonte. La ciudad brota poco a poco, edificio colosal a estructura catacumbal.

Se cumple un retraso de tres horas.

Le atormenta la seguridad de no tener solución, de que el callejón se ha cerrado definitivamente. Aunque siempre permanece una remota posibilidad de salida. Y él se empeña por descubrirla.

Está llegando a la entrada de la gran urbe y aún no ha girado siquiera la cabeza para conocer alguna particularidad que distinga al conductor que le ha recogido en el camino.

—Aquí, aquí mismo.

Sin que el automóvil llegue a detenerse, Alberto abre la portezuela y pone pie en tierra. Pero entonces se da cuenta de algo; no ha venido en su coche, lo

que quiere decir que no tiene la movilidad de los días anteriores para ir y venir por las calles asfaltadas, y su trabajo no está cerca.

Le queda un recurso, ya que las líneas regulares de autobuses pasan igualmente alejadas de su puesto de trabajo: el subte, el subterráneo, el Metro.

Hace tiempo que no lo utiliza.

Hace tiempo que no lo utiliza y no sabe de las transformaciones que ha padecido en las últimas horas.

Hace tiempo que no lo utiliza y no sabe de las transformaciones que ha padecido en las últimas horas en las que los distintos virus y plagas han asolado los continentes deformando hasta lo inimaginable los rostros y los cuerpos de los viajeros empedernidos y necesitados del medio de transporte público subterráneo.

Hace tiempo que no lo utiliza, pero le resulta fácil localizar la boca más cercana que le absorbe nada más llegar al comienzo de las escaleras. Es engullido diabólicamente.

Corre.

La desesperación le atenaza la garganta y la dificultad en el respirar no detiene la forzada marcha.

Corre.

Salta las barreras, rasgándose los pantalones, por no interrumpirse en la ventanilla para la compra de su pase.

Cruza vestíbulos y supera las escaleras brincando de tres en tres los escalones.

Ya está en el andén.

Ya está en el andén y no aprecia el espectáculo siniestro que le rodea.

Ya está en el andén y no aprecia el espectáculo siniestro que le rodea: cuerpos descuartizados, regueros de sangre, bloques endurecidos de gentes a las que han colapsado por la fuerza su sistema nervioso y cerebral, y nubes de una energía extraña que parecen controlarlo todo desde su etérea actitud dominante.

Ya está en el andén y no tarda en venir el tren.

Sube dificultosamente haciéndose espacio entre cosas que no le apetece diferenciar, además de que su vista ha comenzado a nublarse y lo que le rodea se confunde en meras manchas y siluetas de distinta significación. No quiere pensar que no es hora punta y que resulta raro tanta aglomeración. Además cada contacto le petrifica por lo frío. Siente escalofríos y percibe una humedad insólita en un medio tan agobiante como el Metro.

Quiere no dar importancia más que a su objetivo.

Puede llegar antes de la salida diaria a tomar café, convertido en descanso obligado para los oficinistas y otros empleados.

No puede evitar la náusea y Alberto Ross vomita con sabor a zumos agrios, lo que le queda en el estómago de la noche anterior. No tiene posibilidad de percibir la extrañeza de que nadie se queje porque ha perdido el sentido.

Cuando recobra el conocimiento le falta una estación para llegar a su destino; tiene el rostro apretado contra el cristal de la puerta por una masa en crecimiento que le empuja.

Consigue llegar.

Sale impulsado por la inercia de la presión que se ve libre de toda contención. Tras él cae una acumulación de detritus.

Procura arrastrarse hacia la salida.

Procura arrastrarse hacia la salida y le siguen unos pocos supervivientes.

Procura arrastrarse hacia la salida y le siguen unos pocos supervivientes en tan deplorable estado como el suyo aunque ellos con la conciencia de lo terrible que están viviendo.

No tiene dolores concretos, localizados en zonas determinadas de su cuerpo; todo él parece una llaga purulenta.

Las escaleras representan el tramo más difícil de superar, sin embargo, al fin, consigue erguirse en el último escalón, ya en la acera. A pocos metros intuye las oficinas de la empresa. Las intuye, no puede verlas

porque una mancha roja le ha enceguecido momentáneamente. La cabeza está a punto de estallarle y el corazón se ha convertido en albergue continuo de punzadas que le taladran a cada paso.

Un poco más.

Un poco más y va a descubrir.

Un poco más y va a descubrir la inutilidad de su carrera.

Un poco más y va descubrir la inutilidad de su carrera y el fin de su vida y de su mundo.

Un poco más y habrá llegado.

Es justo el tiempo de pausa. Su jefe estará paseando, en este día de calor infernal, por el patio que se comunica con la calle por medio de una verja que permanece siempre cerrada.

Alberto Ross se ha recogido sobre su propio centro de gravedad y clava en el asfalto sus rodillas, vencidas por el peso de todo el cuerpo. No puede más. Está vencido. Tal vez si está un minuto quieto, reagrupando sus energías, pueda hacer ese último esfuerzo que toda persona esconde para cualquier fatídico momento que se presente improvisadamente. Los músculos de las piernas se han agarrotado, la cabeza parece desprenderse del resto y el sudor, la sangre y la pus recorren su piel, infectándole los eczemas, cavidades y cráteres que se le han formado a lo largo del trayecto.

Alberto Ross trata de controlar la situación. Se dice que lo que padece es una pesadilla y que no tiene más que proponerse volver a andar para llegar a donde su jefe le dará una palmadita en la espalda y le perdonará la falta.

Alberto Ross decide por fin incorporarse y es como si los miembros se descoyuntaran y el mundo girase enloquecido.

Dando traspiés llega hasta la puerta y se deja caer sobre el timbre.

Nadie le abre.

Nadie le abre porque en el interior del edificio, los que llegaron a su hora permanecen carbonizados.

Nadie le abre porque en el interior del edificio, los que llegaron a su hora permanecen carbonizados a no ser que le vencieran las alimañas desconocidas en el momento de ir a entrar en lo que había pasado a ser un mausoleo más de figuras de terror.

Nadie le abre y Alberto Ross cae sobre una pasta gelatinosa en la que, a duras penas, reconoce ciertos rasgos que le recuerdan a su antiguo jefe.

Alberto Ross pega un rabioso respingo hacia atrás, cayendo con furia contra el suelo encharcado de la acera.

Suenan algunas melodías de acordeón mezcladas sin ningún gusto combinatorio y Alberto Ross recuerda, sueña, delira.

Alberto Ross ve a su mujer en el suelo de la habitación. Tiene los ojos fuera de sus órbitas y los miembros separados del cuerpo, acribillado por infinidad de pinchazos venenosos. La cabeza flota en un mar de sangre. Y aún con todo, un par de dedos de la mujer tratan de comunicar al esposo, que se levanta en ese momento y que ha permanecido milagrosamente al margen, el horror de lo sucedido cuando una enorme luz que cegó todo el espacio dio paso al ruido ensordecedor provocado por el paso de una plaga de extraños visitantes desconocidos en forma de pequeños diablillos alados que funcionaban gracias a cierta dosis de inteligencia inyectada desde muy lejos.

Alberto Ross ve a su mujer en el suelo de la habitación. Lo niega, se dice que no puede ser y es el comienzo de una paranoia que tiende a negar lo que ve y lo que siente y aquello que no se integre en una experiencia positiva y feliz. Por eso sale a la calle sin percibir la diferencia que late en el ambiente. El aire está cubierto por una neblina pesada y los hombres y mujeres que normalmente andan por la calle están inmovilizados en las posiciones en que han sido sorprendidos en la hora de la muerte.

El mundo de Alberto Ross se está desintegrando. Las gentes se retuercen agitadamente, de no haber conocido ya el frescor definitivo; sus señas físicas van

deformándose hasta lo indescifrable para luego terminar siendo una masa gelatinosa en donde comienza una nueva existencia que Alberto Ross, que ese día llega tarde al trabajo, no puede concebir, porque va más allá de todo razonamiento humano.

Los edificios se desmoronan como construcciones de mantequilla caliente y todo hálito de vida va extinguiéndose para dar paso al reino de lo monstruoso que llega de la mano de unos seres desconocidos, que mientras la vida cotidiana mantenía su curso inalterable, decidieron jugar al imperio de la destrucción.

Sólo Alberto Ross permanece hasta el último instante como testigo del fin del mundo.

Sólo Alberto Ross permanece hasta el último instante como testigo del fin del mundo, porque él, la noche anterior había llorado escuchando la música que nacía del acordeón de Jo Courtin.

Sólo Alberto Ross permaneció hasta el último instante como testigo del fin del mundo porque él, la noche anterior había llorado escuchando la música que nacía del acordeón de Jo Courtin, que es música de nostalgia.

Cuando
Cuando su
Cuando su corazón
Cuando su corazón se
Cuando su corazón se detuvo
Cuando su corazón se detuvo todo
Cuando su corazón se detuvo todo había
Cuando su corazón se detuvo todo había sido
Cuando su corazón se detuvo todo había sido ya
Cuando su corazón se detuvo todo había sido ya arrasado y no hubo más besos, ni caricias, ni sonrisas infantiles. Ni melodías de acordeón, que es música de nostalgia.

PROXIMA APARICION



LA HERENCIA DEL CONDENADO

SOMBRAS

CINCO PALOMAS TEÑIDAS DE ROJO

UN FLAMANTE APARTAMENTO

ULTIMA ADVERTENCIA

LA NOCHE DE LOS MENDIGOS

LAGRIMAS VERDES DE LENG

REGRESO ANTICIPADO



LA MANCHA

EL HECHICERO

EL MANUSCRITO DE ANA SHWARZT

EL HOMBRE DE LA GABARDINA BLANCA

BUEN VIAJE, MI AMOR

CRIMEN POR MISERICORDIA

AVENTURA DE UN ESTUDIANTE ALEMAN

LAS ULTIMAS NOTAS DEL ACORDEON